



SENTIMIENTOS

-retazos-

Roberto Mira

SentimientoS

-retazos-

Roberto Mira

SentimientoS, retazos

Sentimientos, retazos por Roberto Mira Fernández tiene una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported License.

Los permisos fuera del alcance de esta licencia deberán solicitarse a través de robertomirafernandez.jux.com

Editor: Roberto Mira



Autor: Roberto Mira

Diseño de portada: Nono Beresaluz
Depósito legal: A-308-2010

Impreso en España / Printed in Spain
Fotocomposición, Impresión y Encuadernación:
CEE Limencop, S.L.

<http://www.limencop.com>

correo: publicaciones.elche@limencop.com

correo: reprografia.elche@umh.es

Teléfono: 966658487 / 966658791 / 965903400 Ext. 2784



Este libro ha sido confeccionado por personal discapacitado perteneciente al Centro Especial de Empleo Limencop.

“Todo en amor es corto y, sin embargo,
el recuerdo maldito nos devora,
hecho perfume, cuando el alma llora.”

Fragmento del poema “**Azar**”
de Ramón Seva Montiel.

SentimientoS

-retazos-

Roberto Mira

Proemio

Cuando te invitan a prologar un texto y la persona que te lo solicita, el autor, lo hace con la convicción de quien sabe que lo que se va a publicar estará, como mínimo, en consonancia con el contenido del comentario inicial y servirá para desvelar el mundo de lo propio a la “ajenidad” a la que va destinado, que serán los futuros lectores, se te abre una puerta de complicidad intelectual con el mundo de lo narrado y, al mismo tiempo, te hace, hasta cierto punto, copartícipe de la totalidad de la publicación; todo esto, para quien no está acostumbrado a compartir en público su conocimiento y su “otredad”, se presenta en la inquietud de lo nuevo y en el peso de una tarea que probablemente, en otras circunstancias, se habría rechazado. Si además el creador que ha escrito todo lo que quiere desvelar, te da la mano para que le acompañes en el principio de su andadura literaria y aventuras una primera tesis sobre los contenidos, varios –porque aquí no se trata de una trama ni de una estructura argumental unitaria- no puedes más que asir la mano que se te tiende y comenzar a vivir en lo contado como si ya fueses una parte más de las

inquietudes emocionales que aquí se desvelan (aun cuando pueda, como en toda conjunción, existir cierta discrepancia en lo subjetivo de lo que se une y alguna duda en las preguntas escondidas de las respuestas que no se citan en lo que se distancia.)

No es ésta una compilación fácil de encasillar, en cuanto a su forma, porque trasciende lo que está más allá de las etiquetas de los géneros y subgéneros literarios. Menos lo es en cuanto a sus contenidos que navegan entre los de la prosa del *minirrelato* y los de la “razón auroral” zambranianiana que buscan en el hecho poético del Yo- pues éste puede huir de los cánones formales de la poesía- la confesión como un instrumento creador para manifestar el descubrimiento del mundo del alma que es aquel que nace en el espíritu de quien escribe. Así vamos caminando en una lectura de textos breves a vuelapluma que no aparentan lo que nos van a decir, porque, por debajo de los reducidos motivos argumentales que apenas ocupan unos breves párrafos, se nos van descubriendo, como en una epifanía –que es revelación-, los escondidos recovecos del corazón, un corazón agónico –en el más preciso sentido etimológico del vocablo griego (el de la lucha interior)- como si el autor se

inscribiera inconscientemente en la nómina de los agonistas unamunianos, y éste fuese más un personaje sin autor que un autor sin personajes, desamparado en su peripecia y perdido en el mundo de lo inexplicable, que es aquél de la *psijé*, como los griegos conocían el significante con el que querían hablar del “alma”.

Y se revelan en la lectura, además de otras, dos grandes emociones: la de la soledad abismal y la de los amores perdidos y ahora *incontrados*, la del Amor en su unicidad, aquél que sólo vivimos atisbado desde lejos pero que nos ha sido arrebatado en la arbitrariedad cruel de la predeterminación vital: *Por si volvieras* -pp 127-129-, relato de gran intensidad emocional que se hermana con otro anterior, *Por si te fueras* -pp 55-57-, beben ambos más de la poesía que de la prosa. Asoma aquí una profunda melancolía por lo que, inevitablemente, ya no va a volver y la evidencia de un imposible que lucha con el anhelo en el resquicio *oquedoso* de lo evocado .

El título menor, el que dice “-*retazos*-” adjetiva en su aposición sustantiva, al otro, que parece más grande y simplemente reza “*Sentimientos*”, con mayúscula y con el protagonismo onomástico que el autor ha decidido reflejar: terrible porque ya sólo lo citado habla

de trozos deslabonados, también perdidos, de un alma rota o que se está empezando a romper; estos “retazos del alma” quedan quietos en su mudez visual y desperdigados en el camino aparentemente inconexo del *totum* textual. De esta forma al igual que el Yo desconcertado habla en la filosofía, que también es “razón poética” (Zambrano) y, al mismo tiempo “razón vital” (Ortega) en su imperiosa justificación, aquí se dice una tristeza infinita que todavía tiene asideros –frágiles, muy frágiles- en el hecho de seguir siendo, como si se atisbase en el fondo –lo connotativo que el lector tiene que descubrir- una débil esperanza de que haya una última luz que ilumine la última emoción antes de partir en el viaje del que nadie ha vuelto; y esa última emoción, la de la *spes* –“esperanza”- en el anhelo futuro –*futurum*, “aquello que todavía ha de ser”-.

Se rebela (con la b de “rebelión”), en un acto de fuerza intelectual, por otra parte, ese Yo protagonista en la inconformidad con los cánones sociales en la hipocresía de las convenciones (*Ser el amante* pp 123-125 y, p. ej., *Dimes y directes* pp. 131-133) y aquéllos del mito que se manifiesta en lo aprendido en la mecánica del catecismo religioso (*Dios habla al hombre* pp 23-25-) **La Pasión** pp

183-186, **La Santa Misa** pp 155-158) como una Verdad que el tiempo ha desnudado en su Mentira: la gran trampa para los inocentes y los desventurados, consuelo miserable para los que un día creyeron que podía ser Verdad, aunque la Verdad sea un espacio vacío que todavía admite muchas compañías cuando, en la realidad de la evemencia, sabemos que *Veritas non est occupata* –“La verdad no está llena –ocupada-” . Esta rebelión que sólo puede manifestar la sinceridad de la decepción –rebelión y decepción- es la acción reactiva de quien se ha sentido abandonado, engañado en la Gran Mentira y se ve condenado a afrontar la decepción del necesitado, quien se creía amparado por lo aprendido y ahora está otra vez solo y abandonado: otro “retazo” de emoción que se ha rasgado de los harapos *quedentes* del sentimiento (Vid p. ej, también, **La Santa Iglesia Católica** /.../ pp 43-45).

Y, a partir de estas tristezas recortadas, emerge otra Gran Decepción, la *irrecuperabilidad* de lo perdido, una infancia apenas reflejada en uno de los portarretratos vacíos, otras historias quedas en imágenes desvaídas por el paso de los años, momentos que viven en nosotros y que, a la vez, ya nos han dejado, testimonio viejo de un tiempo que nos alcanza, aquello

que ha permanecido en nosotros como una herida abierta, que nunca cicatrizará porque no volveremos a vivir lo que dejamos en nuestro camino en el andar de la vida y ahora es sólo huella dolorosa, en el *otoño* ya de su decurso, testimonio cruel de la evidencia que ya sólo es recuerdo en la memoria perdida de nuestro pasado (*El portarretrato* pp 35-38 o *El atardecer de tu recuerdo* pp. 115-117 y también en *Los sueños sueños son* pp. 147-150).

La vida y la muerte presentes siempre como el Principio y el Fin, ya que la una sólo es para luego dejar de ser, como *Poema de mar a un suicida* -pp 95-96-, porque es posible que algunos no sepamos que ya estamos muertos.

El valor inapreciable –porque no hay precio para ello- del mundo de lo pequeño, de lo humilde frente a lo grande y ostentoso- (*Las cosas pequeñas, las pequeñas cosas* p. 135-136) que recuerda sin querer el genial encomio al “humilde acordeón” –instrumento olvidado en la fanfarria de lo visible- de Pío Baroja.

Y vuelve en el círculo de lo que se cuenta el niño perdido -como en el romance Lorquiano de la *Luna, Luna* y el deseado que nunca existió (*Al hijo que nunca tuve* -pp 71-73-); y otra vez la infancia rediviva (*Diario mental de*

un niño -pp.15-17-).

Entre los enunciados, ambulan solos algunos de opinión en el mundo agresivo de lo nuevo, la política, los medios, y otros -más intensos- que pertenecen al privado del autor , una carta olvidada, la vida cotidiana, los colores invisibles, (*Blanco de España* p. 141-143) el entramado receloso de las apariencias entre los artistas (*Xavier Soler-pintor* p.-63-62) Y así, leyendo lo escrito, reflejan cada uno, no obstante su pátina superficial, el gran desconcierto ante el decorado que nos envuelve, como marionetas de una tramoya en la que sólo podemos seguir el ritmo de los hilos que nos mueven.

Pero lo que teje magistralmente Roberto Mira son las dos grandes emociones que citaba al principio: la Gran Soledad del Amor perdido o inalcanzado y la desolación de su ausencia. Siempre se podría pensar que existe la “otra soledad”, la del misántropo, voluntaria y consentida, generosa por su espacio desocupado, prevalente por su independencia, pero esta última no viene herida y maltrecha como la primera, la Gran Soledad, hiriente, malévola y destructora, la que produce, en su efecto causal la otra Gran Devastación del espíritu, que es la Tristeza, la Gran Tristeza:

esta Soledad involuntaria es la que vaga en los renglones maltrechos de casi todos los relatos.

Así, aunque en la compilación que tenemos entre manos parezca que no fluye un hilo secuencial, éste existe soterrado en el hecho milagroso del reto que se nos propone, interpretar en el caudal de lo leído el lujo de la respuesta que el lenguaje nos ofrece: ése es el Gran poder de la palabra –más en lo literario que en la oralidad de la improvisación-, transmitir la aflicción del desamparo que vive lo contado. El lector debe efectuar un ejercicio personal de interpretación para saber qué esconde el texto y aquí, precisamente, es donde éste navega entre lo trivial y lo inmanente –*inmanens* “la esencia, lo que permanece”-; y en esta exégesis que nos da la oportunidad de descubrir lo que el autor transmite más allá de los detalles formales, descansa la respuesta del Todo que acabamos de leer y se nos desvela un ámbito de desconsuelo que, igualmente, desborda la comprensión del hecho vital, el del primer agonista de este drama personal, porque en él vive la dimensión de la tragedia, la pérdida, la soledad y la presencia constante de nuestro final, que es la Muerte. El conjunto de relatos acaba precisamente con tres que el autor ha decidido fijar así –y no me parece casual-:

Si el amor existe... (siempre el Amor) -pp. 181-182- *La pasión* -pp.183-1186- (siempre la Muerte) –aquí es necesario hacer un alto y remarcar la belleza, en si del poema citado al final, siete pareados encadenados con el título *El supremo vacío* escritos por un amigo del autor, el poeta Ramón Seva Montiel. Y por, último, el *Ruego al Amor* pp.187-189 , donde el autor solicita, más bien implora, su última petición: “/.../ exímeme de ti, de tus heridas, de tus vaivenes /.../ No te pido más. No te pido más.” p. 104.

Forman estas breves narraciones, en definitiva, un pequeño *corpus* de **cuarenta y seis** episodios; los unos más hondos, íntimos, confesionales, descubridores del Yo *autorial*, los otros, viven en los hechos de lo cotidiano, en apariencia más triviales y hacederos para el lector menos conspicuo, pero todos nos dicen algo, surgen las emociones y nos habla el corazón, también los reproches, la rebelión y la ira contenida, los celos, la duda y su vacío, las incertidumbres inquietantes, el conflicto entre Fe y Ser (*La fe* pp-137-139) la Muerte que acecha (*¿En qué mes será?* pp-67-69) la marca permanente de los desafectos del amor, y en casi todos asoma una profunda tristeza: “*Poesía.../ tristeza honda y ambición del*

alma.../“ como cantaba entonces León Felipe-
Tristeza poética que emana de los textos del
alma, desamparo ante lo vivido y, sobre todo,
desesperanza en lo por vivir.

Aparece notado en la superficie de los
relatos un desconcierto *desubicante* ante la
realidad cercana del autor y una manifiesta
disconformidad con la sincronía de este
Zeitgeist de la confusión –“el espíritu de la
época”- su contemporaneidad –y la nuestra-; y,
así, se alza la voz del texto contra lo público y
también contra lo privado, en su más grosera
zafiedad, en su vulgaridad gregaria y en su
ignorancia heredada, hijas todas de la demencia
colectiva que invade nuestro sitio indefenso,
aquel que representa los espacios desnudos de
la dignidad individual: apela la palabra en lo
contado en una denuncia contra los despojos
que nos arroja la cotidianidad pervertida y
manipulada por personas, instituciones y
poderes.

Pero quizás lo que se erige como primer
lamento en el fondo temático principal es
aquella y una, como decía al principio, inmensa
soledad que malvive su vacío en el dolor por
lo perdido, ahora ya irrecuperable, como los
restos ajados de otro tiempo, y vindica esos
sentimientos/emociones que hoy sólo son

retazos, desperdigados trozos del alma rota en el camino.

Creo que a Roberto Mira, quien además de pintor, narrador y autor teatral es también poeta sin saberlo, le hubiese gustado terminar este prólogo con el humilde verso, igualmente de León Felipe:

*”Así es mi vida/ piedra,/ como tú.
Como tú,/piedra pequeña/.../ como tú/ guijarro
humilde de las carreteras/.../ como tú/ que tal
vez sólo estás hecha/ sólo para una honda.../
piedra pequeña/ y ligera...”*

Y el Yo se va diciendo, suplicando, aquel “/.../ No te pido más. No te pido más”.

Óscar Briones

Licenciado en Filología Clásica

**Especialista Universitario en Crítica textual
y Teoría literaria.**

SentimientoS

-retazos-

Roberto Mira

Sentimientos

Vuelvo a caer en la necesidad de amar y sentirme amado. Presiento que, de nuevo, subiré el calvario de mis anhelos, angustias, necesidades, añoranzas, nostalgias, decepciones, risas y llantos. Todo lo propio del estado carencial en que me hallo. Volver a vivir lo vivido es imposible, prever lo que el futuro me depare, impensable, y ser coherente y consciente de la cruda realidad que tengo que asumir es decepcionante. Nada vale y todo sirve, aunque nunca se sepa a ciencia cierta para qué. Evidentemente, los años sirven, cuentan, aunque existan etapas de sequía total y otras de inundaciones plenas. Malos son los excesos, pero inevitables cuando de vivir se trata. Preguntarse el para qué, es peligroso, nunca se llega a encontrar la adecuada respuesta. Sin duda alguna es todo más sencillo, más simple, más vulgar, somos y estamos como cualquier elemento energético más de la madre naturaleza, pero sin que haya en ello un proyecto preestablecido por alguien ni por nadie, que es lo mismo. Avanzar tecnológicamente es consolador aunque no lleguemos nunca al avance que facilite nuestro equilibrio. Siguen existiendo desigualdades,

unos dicen que para que otros vivan mejor; pero yo, que no me quejo de cómo vivo, no disfruto plenamente sabiendo que otros carecen de lo que ni siquiera yo me preocupo en poder dar. Que la vida es un soplo, dicho está. Que pocos o casi nadie querrían volver sin saber lo que sabe, es evidente; pero todo son frases hechas por los que nos han precedido y por los que a punto estamos de agregarnos a ellos. Nada tiene arreglo ni debe ser arreglado. No vale la pena, porque de valerlo, desde que la Humanidad se ha reconocido como tal, debiera haber podido hacerlo. Y por otra parte, qué más da. Está todo regulado, preestablecido, controlado, manipulado, reglado. Vivimos en una sociedad organizada, no sé si en la que queremos pero sí en la que nos ha tocado vivir. Antes era todo más simple, más primitivo. La mortalidad en los niños era frecuente por no hablar de la de las madres; la muerte acechaba por igual a ricos y a pobres y en la mayoría de los casos triunfaba sin que se llegara a saber el nombre de lo que la había provocado; la desigualdad existía de una forma insultante para el ser humano, no había calidad de vida porque no se le había puesto nombre todavía a la pobreza; la tercera edad no existía, todos eran niños, jóvenes y viejos. Las distancias

eran largas, tediosas; el paso del tiempo, lento; cada estación se vivía intensamente, con toda la servidumbre que cada una conlleva; el frío era frío, el calor agobiante y las noches, eternas para los que castraban su sexo en aras de lo recomendado por la religión imperante. Las bodas existían por intereses, por uso y por costumbre. La mujer se entregaba a su amo sin saber cuál sería el resultado de dicha entrega y si con ella quedaría alimentada su necesidad de poder ser madre.

Antes era todo peor, más insufrible, pero más esperanzador ante la falta de información que ahora tanto nos manipula e influye sobre nuestros ánimos, pues los que pensamos y analizamos, erróneamente quizás, llegamos a la conclusión de que ningún tiempo pasado fue mejor, pero sí, con más visos y empeño en pretender mejorar las cosas y no empeorarlas en aras de los intereses meramente políticos.

La huella

Toda experiencia deja huella: las cargadas de emotividad, de ternura, de nostalgia, de lo que podría haber sido y no fue y de lo que realmente fue mejor que no fuera. Todas se nos van marcando en la piel cual si de tatuajes se tratara. Están ahí para recordarnos los aciertos y los errores que configuran nuestra existencia humana. Algunas, sin que nosotros lo deseemos, sangran inoperantemente y otras en cambio, desangradas cicatrizaron con el paso del tiempo sin esperarlo. Hoy, me apetece hablar de la huella del amor no correspondido. En principio, puede resultar alienante el encontrarse en esa orilla que nadie busca ni desea, pero que te separa de la realidad circundante para concentrar toda tu energía y tu mente en la existencia del ser al que estás amando. Y amas con renuncia, con entrega, con celos, con ternura... y por qué no, con rebeldía por el dolor que su respuesta origina en ti. Desde la conciencia de que ni siquiera el que ama y sufre es víctima, el ser que genera ese sentimiento en ti, llega a sentirse molesto por no compartir la misma necesidad de encuentros, de miradas, de espacios en los que ocupar el tuyo, tu tiempo. Y se niega y se deja

arrastrar, y se recoge, se arroba, se resiste, se revuelve como el perro que incómodo se halla tendido en el suelo. Y empiezan las conjeturas, las exigencias, la falta de correspondencia, la cobardía para enfrentar y afrontar todo lo que esta situación provoca, y se deja amar, sin meditar que esa es también una forma de amar, pero cobardemente, no arriesga nada, se deja llevar sin más. El tiempo puede ser su aliado y, de hecho lo es, cuando la tormenta se avecina y desagua los negros nubarrones del tormento atormentado. En ese instante todo desaparece, hasta el camino que laboriosamente han trazado las hormigas desde su hormiguero en busca de alimentos que almacenar. Y uno se siente, mas no se halla, seguramente se engaña a sí mismo para contener el rayo de la decepción que le parte en dos. Y luego el compromiso, la promesa no dada, la esperada, la frustrada, ésta que suele servir de reproche para justificar lo injustificable, porque con el corazón no se manda, no admite órdenes. Él no regula, no establece, no dicta, no marca, se deja llevar por el bombeo que la acumulación sanguínea le provoca al pensar, contemplar o añorar al ser amado. Y provoca su huella, la del desgarramiento que a un infartado le provoca el infarto y ahí es donde la huella es protagonista

absoluta, porque no es parecida a ninguna otra de las que ya ha ido acumulando, sigue siendo tan nueva, tan diferente, tan especial, como el cadáver que estrena un féretro nuevo. La huella, la del desamor, es dura; pero, seguramente, y a pesar de todo, más duro puede llegar a ser el no llegarla a tener que sufrir por el egoísmo y la cobardía de no darse con la “naturalidad” con que recibes el beso inocente de un niño, cuando nadie se lo ha demandado, ni impuesto dar.

“Dios habla al hombre”

Mi ahijado, Ignacio-Roberto Seva Micó, en una etapa muy especial de mi vida tuvo a bien regalarme el libro “DIOS HABLA AL HOMBRE”, el nuevo Testamento de Nuestro Señor Jesucristo. En principio, este ejemplar no significó nada especial para mí, salvo el que, con sus manos, mi ahijado, había conseguido una encomiable encuadernación de piel, que a buen seguro me sobreviviría. Con el mismo cariño que se me regaló lo recibí, y en el lugar apropiado quedó depositado sin reparar en su contenido. Y hete aquí que, como a veces uno se encuentra sin hallarse, tedioso, aburrido y sin ganas de nada, cojo el ejemplar citado y me encuentro con el Santo Evangelio ,según San Mateo, que me habla de cómo “Jesús enseña a orar”:

“Y cuando oréis, no seáis, como los hipócritas, que les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para que las gente los vea. En verdad os digo, que con eso ya tienen su premio. Pero cuando tú ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre que está allí a solas contigo. Entonces tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu premio.

Al hacer oración, no repitas palabras inútiles, como hacen los que no conocen a Dios y que se imaginan que Dios les va a oír porque hablan mucho. No seáis, pues, como ellos; porque vuestro Padre ya sabe lo que necesitáis, antes que se lo pidáis- Por eso, orad así:

***Padre nuestro que estás
en los cielos,
santificado sea tu nombre.***

Que venga tu reino.

***Que se haga tu voluntad en la tierra, así
como se hace en el cielo.***

Danos hoy el pan que necesitamos.

***Perdónanos el mal que hemos hecho, así
como nosotros hemos perdonado a los que
nos han hecho mal.***

***No nos pongas a prueba, sino libranos del
maligno.***

***Porque tuyo es el reino, y el poder, y la
gloria, por siempre. Amén.”***

Porque si vosotros perdonáis a otros del mal que os han hecho, vuestro Padre que está en el cielo os perdonará también a vosotros; pero si no perdonáis a otros, vuestro Padre tampoco os perdonará vuestros pecados.”

Y para más “INRI” leo “Cómo se debe perdonar al hermano”, pregunta que Pedro hace a Jesús:

Pedro: *Señor ¿cuántas veces que mi hermano*

*me haga algún mal, tengo que perdonarlo?
¿Hasta siete veces?*

Y Jesús le contesta: *“No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.”*

A la vista de tal contestación no sé por qué me da la impresión de que estoy en el punto de salida de la escalada del perdón, no me importa; pero ojalá que no me llegue la maldición de la higuera que emitió Jesús, y deje de seguir dando fruto, aunque éste, a veces, a más de uno se le indigeste, con perdón.

Desde el ventanal

Desde el ventanal donde transcurren estos instantes, observo la fachada del bloque edificado enfrente. Está impregnada de otros tantos ventanos, todos ellos de tamaño superior a la media por tratarse de una edificación oficial. En gran parte de dichos espacios existe gente, gente que no para de comunicarse a través del móvil. Tienen necesidad de escapar al exterior a través de la voz de algún amigo, compañero o familiar. Dan el parte de cómo ha pasado la noche anterior el paciente; de cómo va su estado general; de qué es lo que hay que hacer de comer, para que los chicos lo tengan todo dispuesto a la hora de llegar de clase o del trabajo; de qué facturas hay que controlar antes del vencimiento del IVA; de la desagradable atención prestada por alguna enfermera o de la tranquilidad de algún que otro médico, que ni siquiera ha informado a los familiares sobre la realidad del estado de su paciente. De cosas importantes, transcendentales y de otras que no lo son -como la vida misma- Yo, que ya he caído preso de la necesidad de un móvil, al igual que lo estuve de la necesidad de comunicarme con la gente, que no me dio los resultados que yo consideraba óptimos, me río de la

dependencia de nosotros (móvil-dependientes) al reconocer con qué poco conseguimos ser felices controlando los avances de la técnica y aprovechándonos de ella a toda “pasta”, que es la que la mayoría de nosotros abonamos a las empresas tecnológicas, que cada vez adquieren mayores dividendos por las facturas que nos emiten.

En sentido irónico y utópico, pienso si llegaré al futuro donde un simple, discreto y sencillo aparato, como lo es ahora el móvil, me dé cobertura para conectar con algo que relaje y potencie mi equilibrio; poder tener la suerte de escuchar sólo lo que no perturbe a mi sentido auditivo, lo que mi retina necesite contemplar; porque hay tantas cosas que no quiero ver ni escuchar, tantas realidades irreales, tantas verdades que callar, tantas disculpas que pedir, tantos amores a los que abandonar, ... que si de verdad se llegara a conseguir ese maravilloso invento, también me haría “dependiente” como lo he sido ahora de mi nostalgia con temor contenido, hasta que alguien a aporreado la puerta de mi habitación, para comunicarme que la resonancia magnética me espera y he tenido, de nuevo, que sacar fuerzas de donde no las hay para inventarme, una vez más, que no es todo tan negativo, que con los de las ventanas

de enfrente, además de la dependencia a la tecnología, tengo algo en común: tener que dejar paso para que los que nos sucedan, como el agua que fluye de una fuente de un jardín oriental, vuelvan a vivir todo lo que hoy, tanto nos apena a nosotros tener que abandonar.

El espacio deshabitado

Esta noche, y no otra, he notado lo inevitable del resultado que un sentimiento frustrado provoca en el corazón herido. Nadie es culpable, ni siquiera yo que he estimulado este estado catártico llevado por la necesidad de amar y ser amado. Jamás como hoy, y llevo andando por estos mundos hace años ya, me he percatado de lo que el futuro me depara, porque como intuyo, hasta en eso voy a ser agraciado: conocer y saborear las mieles de la decrepitud. Cada vez entiendo mejor a los presos que en estados de derecho han pasado la mayor parte de su tiempo encerrados entre rejas. El mío, mi tiempo, ha transcurrido igualmente enjaulado entre los hierros de la cárcel que los sentidos forjaron para mí. Nadie sabe, ni repara en querer saber, la sensación de soledad que produce salir del encarcelamiento y enfrentarse a un mundo nuevo que ya no le pertenece, por lo inhóspito y desconocido. Así me encuentro, joven para unas cosas y demasiado viejo para otras: las placenteras. Cierto es que todavía puedo, como vaticiné, tirarme a la bebida, fumar tabaco, tomar drogas, morir no de “defecto” sino de “exceso”, quizáS todo ello me condujera al ideal estado de lo absurdo para ensombrecer la

claridad de la luz de la cruda realidad que me asiste, mas ¿por qué evitar el sufrimiento si con él su crece y en el crecimiento existe la verdad de lo indescifrable, de lo inaccesible, de lo entrañable, de lo efimero desde la sublimidad de lo irreal que tan real parece?

En este instante de meditación, incubada por la nostalgia que vuelve a apoderarse de mi hipersensibilidad dañada, recupero los ánimos perdidos para rescatar las sombras que, de nuevo, ensombrecen la luz de la luna que inunda el jardín abigarrado de los recuerdos. En los espacios designados para las veladas que tantas veces fueron compartidas con amores perdidos, hallados, y presumo que por hallar, no hay beso que llevarse al labio, dedos que entrecruzar con el roce de las manos, ni miradas que enriquezcan la profundidad de la mía. Todo es sombra inundada por la nostalgia. Todo el espacio es más espacio por el vacío. Todo es claro por la oscuridad que la noche aclara. Sólo una leve ráfaga de viento acaricia mis enrojecidas pupilas por el llanto habido, y una mueca ridícula, pequeña, absurda, esboza mi rostro al ironizar sobre mi actual estado. Doy vida a un cirio, la de su razón de ser que le llevará a la extinción y me acompaña temblorosa la llama que elevarse quiere. Me

llegan sonidos de rugir de olas, el mar me entiende, me comprende y susurra sabedor de mis ausencias otoñales. El nenúfar rosado, que al de unos labios imita, recuerda una vez más la necesidad de ellos, que demando. Existen labios por besar, bocas por beber, lenguas que vencer y desde mi sillón contemplo el frutero vacío que la vida me depara. Limitación de los sentidos es el objetivo próximo: tomaré una droga que sesgue la liviandad sexual, mas tarea ardua presumo el poder llegar a conseguir lo mismo con mi capacidad de amar. Transporto en mis venas el estado etílico que el alcohol produce y, aun así, conservo ese grado de coherencia que tan incoherente me hace percibir todo. El final llegará, seguro; ¿cuándo? no lo sé; pero, por si se adelanta, que desnudo no me halle, y pulcro y escueto el corazón que, como nunca, hoy es un inmenso espacio deshabitado en su galopante y desaforado destino.

El portarretrato

He observado que, sin pretenderlo, he ido acumulando diversos portarretratos. Durante largo tiempo, algunos estuvieron cubiertos con el papel de regalo con que los envolvieron. Fueron adquiridos en mis antiguos viajes, cuando todo era distinto; cuando la inclemencia de los rayos de sol, en mi rostro, no habían dejado todavía su huella; cuando mis pupilas podían vislumbrar el paso de una gaviota sobre el mar abierto; cuando percibía el movimiento del cangrejo en la arena que, temeroso, se escondía para evitar ser descubierto; cuando su rostro no era sólo una mancha gris en mis cristalizados ojos; (su rostro, el del amor, ese que tanto necesitamos, que tanto gozamos y que tanto sufrimos cuando nos abandona, a su pesar). Eran otros tiempos, ni mejor ni peor que los actuales, quizás el equilibrio de éstos se deba a la existencia de los primeros, porque quien pretende distinguir el cielo sin saborear la existencia del infierno, no sabe, ni entiende, ni degusta lo maravilloso de lo real, de lo transparente, de la claridad del azul ni de la pureza del blanco. La arena en la que de niño jugaba ha perdido su color dorado y adquirido otro, que más cementera la hace.

Tampoco los silencios son los que percibía y disfrutaba en las lúdicas noches de invierno y calurosas del estío veraniego, mis tímpanos no los distinguen de los sonidos y contemplo, admiro, el transcurrir de la vida, porque no ha sido banal para mí, ha sido gratificante poder llegar hasta aquí con entendimiento meridional para discernir que todo esto es un paso, dos para atrás y uno hacia adelante, siempre hacia adelante aunque nos opongamos y se empeñen en querer hacernos creer lo contrario con esas dietas mediterráneas, que nada garantizan, pero que estimulan a quienes prolongar su vida desean. Evidentemente, hay que cuidarse, pero tanto del cuerpo como de la mente y para esta última temo que no nos alimentamos lo suficiente; de ser así, asumiríamos todo lo que el “pack” de la vida conlleva de forma distinta, diferente, con menos acritud y más pasividad para aceptar la muerte: la de un hijo, de la un perro, la de un amor o la de una quimera o ilusión. Perdidos vamos como en manada, como nuestros ancestros, baqueteados por los imponderables movimientos del destino y agradecidos de que éste no nos dé todo lo que podamos soportar. Vivimos organizadamente, pero en lo fundamental, tan solos, tan distintos de los demás, tan diferentes de lo

que deseáramos,... que vértigo nos da poder llegar a tener que desear que todo nos cambie, porque el miedo entumece nuestros músculos y no precisamente los de nuestro cuerpo, sino los de nuestra mente. Como he dicho al principio, he observado que, sin pretenderlo, he ido acumulando diversos portarretratos y la mayoría de ellos tienen ya el destino para el que fueron fabricados, están ocupados por fotos de mis seres queridos, en blanco negro y algunas en color sepia, (el color preferido del pasado) y en esta apacible tarde de operístico sonido me ha sacudido el temor de que el portarretrato que está sin ocupar por foto alguna se vea, de pronto, invadido por la desaparecida imagen de algún ser de los que tanto quiero y amo y, para evitar tal angustia, de inmediato, he colocado una de mis fotos, la que me hicieron mis padres cuando contaba con seis meses de edad, con mis “vergüenzas al aire”, como suelo en estos instantes afrontar lo que me reste de vida, sin vergüenza ni pudor alguno al expresar mis sentimientos, tan cercanos y tan distantes de la mayoría de ustedes.

El tesoro de la palabra escrita

A veces, según se dice y es cierto, las palabras son como las cerezas, se enredan unas con otras como las personas lo solemos hacer, sin pretenderlo y sin llegar a prever la grave consecuencia que ello puede provocar; mas pensar qué sería de nosotros sin la existencia de ellas, es terrible. Recuerdo el esfuerzo que representó para mí el memorizar las primeras vocales y luego el tener que acompañarlas de sus inseparables consonantes. La ignorancia, que suele ser atrevida, hacía que la mayoría de las veces las utilizara de forma gratuita, sin saber la verdadera dimensión de su existencia y, menos, la de lo peligroso que podía resultar si no estaban ordenadamente escritas para poder expresar a través de ellas un sentimiento, una respuesta, un pensamiento, una despedida... Pocas veces he utilizado la caligrafía para darles vida y hasta hoy, que estoy sentado frente al ordenador, como antes lo fue frente a la máquina de escribir, no me había resultado tan estimulante el sentirme -observando el teclado donde se hallan escritas- más acompañado. Se ha producido en mi cerebro el milagroso resultado que provoca el que, periódicamente,

tenga necesidad de jugar con ellas y crear el maravilloso puzzle que supone el dar un sentido, trascendental o no, a su existencia; porque sin ellas yo, seguramente sería menos de lo que puedo ser. Gracias a ellas, la frialdad de una página en blanco, el vértigo de emitir una opinión, se convierte en una tarea estimulante, y pensando en ellas como seres vivos que son, llego a la conclusión de su silenciosa sumisión sin rebelión alguna. No nos reprochan que las escribamos mal, que no las unamos adecuadamente; que no siempre, o casi nunca, no las tratemos como trataríamos a una “divinidad”. Ellas, humildemente, dejan que las utilicemos sin pedir nada a cambio, sufriendo, como me imagino, la inoperancia de su utilización cuando no se consigue su empleo con la dignidad de que ellas son merecedoras. Hoy, mis amigas, las letras, -con las que puedo formar frases- sin reproche alguno, sin acritud silenciada, sin desamor frustrado,... me han permitido, de nuevo, encajar con entusiasmo la necesidad de jugar con ellas, como de niño, para ordenar el puzzle de mi existencia con mi profunda gratitud hacia ellas, y he vuelto a unir la “m” con la “i”, por dos veces la “m” con la “a”, la “m” con la “e” y la “a” con la “m” y con la “a”

para formar , de nuevo, una de las primeras
frases escritas en mi parvularia libreta,
aunque hoy, por desgracia y ley natural, la
última letra deba ser sustituida, con el tilde
correspondiente, por la “ó”.

La Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana

Siempre ha sido motivo de polémica la existencia de la Iglesia, su riqueza, su abuso de poder, su ambición desmedida en la acumulación de tesoros sufragados por mecenas a costa de la sangre del pueblo, que ha vivido bajo la influencia del pecado y de su injustificado castigo; la del boato de toda la jerarquía eclesiástica que vive, y nunca mejor apuntado, como debe vivir Dios, según el dicho; la inoperancia de los textos en los que se basa para transmitir el mensaje, un mensaje cuya autenticidad se pone siempre en tela de juicio; el *“haz lo que yo diga y no lo que yo haga”*, que ya no tiene efecto alguno. La mayoría piensa que se puede predicar con el ejemplo y el que se refleja en lo cotidiano es muy pobre, es como si se necesitara un cataclismo, y no precisamente el *“fin del mundo”* que tanto preconizan los testigos de Jehová, para que todo se renovara porque, como conservador que me considero, sería más recomendable que no se destruyera sino que se reformara, reestructurara, se restaurara no sólo la fachada sino el cimiento del templo en el que se basa el Estado eclesiástico. No

quiero entrar en el problema de la pederastia, que también existe dentro del sacerdocio, de eso ya se encargan quienes arrojan piedras, a veces, sobre el tejado, sin conciencia de que el suyo puede ser también de cristal. De la confesión, poco hay que apuntar: por desgracia una inmensa minoría no la pone en práctica y no hablemos del cumplimiento de las normas que impone la Iglesia a sus feligreses, ya no hay casi quién se las trague. La Iglesia ha conseguido la profunda crisis que ella misma ha ido provocando negándose a reconocer que los tiempos han cambiado, que han evolucionado para bien y para mal, pero que el mensaje, el auténtico que debió dejarnos Cristo, es tan imperecedero y hereditario como Él deseó que fuera, aunque intereses económicos y políticos lo hayan desvirtuado hasta la saciedad y así le vaya a la institución eclesiástica.

Creo que, con todo lo anteriormente enunciado, ha quedado claro que la Iglesia debería desaparecer, con eso se tranquilizarían muchas almas que dudan sobre la necesidad de su existencia, esas almas que tanto se preocupan por “*crucifijo no*”, a todos aquellos que luchan desde la libertad para desacreditar, humillar, mancillar y destruir todo aquello que tenga signos de religiosidad católica, apostólica y

romana. Ojalá que, a base de vomitar el rencor y odio que han desarrollado hacia la Iglesia, se lleguen a serenar y solidarizar con aquellos que, a pesar de todo, sentimos lo revitalizante que sigue siendo a través de la religión el creer, aunque de forma errónea, que existió alguien al que todavía hoy se le sigue crucificando a pesar de su silencio, al que no hace falta que se le renueve cada cuatro años en su cargo y al que pocas personas ignoran, pese a sus dos mil años de existencia, y sean tan benévulos como lo son con los políticos de su partido, que tantos errores, egoísmos y falta de coherencia evidencian, mal usando el respectivo voto, confianza y credibilidad.

La carta

“Sólo la ternura que me provocas hace que me atreva a escribirte. He recordado con frecuencia tus movimientos acompasados de natural sosiego, y estimulan en mí el deseo propio de quien ansía degustar un manjar; pero te mereces sinceridad y yo debo ser honesto contigo, no pretendo conseguir una aventura más, un “polvo” para archivar en mis recuerdos; ansío mantener contigo vivencias que hagan nacer en mí el estímulo de tornar a saborear instantes de plenitud vital, con una asidua relación que vacíe mis grandes horas, de nostalgia plena.

Asumo, de antemano, tus escrúpulos, tu no inclinación a la degustación sexual por mí formulada y, aunque respetuosamente soportes mis revelaciones y anhelos, no es justo que alguien acceda a mis necesidades amorosas sólo por un simple comportamiento educacional, (sería ingrato para ti y para mí: tú no lo mereces y yo debo mantener la dignidad que a tanta renuncia me obliga)

Pese a que mi anhelo sea contrario a lo que la cruda realidad me demuestre, no es deseable que accedieras a la invitación que te he ofrecido para el próximo puente vacacional,

si con ello tuvieras que forzar tu interés en tener que aceptarla; sólo en el supuesto que desde tu “libertad” optaras por llamarme telefónicamente para confirmar que tu visita sigue estando en pie, y no consideraras inoportuno provocar al volcán que en mí haces estallar; estaría dispuesto a ofrecerte, a través de nuestro encuentro, el amor y ternura que tu sola presencia estimula en mí. Y si mi contestador no registrara contestación alguna por tu parte, no temas, te seguiré recordando como algo inalcanzable que utópicamente soñé poder compartir en esta lacónica etapa de mi vida.

Recibe mi consideración más respetuosa.”

(Firma ilegible)

Nota aclaratoria:

Para quien pueda creer que esta carta jamás existió, puntualizo que su existencia es real, que fue escrita, pero jamás remitida. La persona que la inspiró supo atajar a tiempo la desmedida pasión del amor nacido permitiendo que pudiera descubrir con la velocidad del rayo, en una noche de oscuridad infinita, sin pudor alguno, que sólo era el sueño de una quimera inalcanzable. En el lejano supuesto de

que yo hubiera intentado insistir en su posible remisión, la dirección a la que se habría tenido que enviar, es a la que sólo los seres vivos pueden acceder. El personaje central de esta carta falleció al poco tiempo de haber sido descubierto por mi vehemente ser. Queda de su recuerdo, en el cajón de una mesilla de noche, un encendedor con el que alumbró el último cigarro con el que terminó aquella velada. Del beso al aire, el viento lo sabe, quedó el vacío que sólo unos labios pueden llegar a sentir, cuando el ser al que estás amando te los niega poder gozar-rozar.

La viudedad

Probablemente, a nadie le asombre que el estado de viudedad, en plan jocoso, sea una “liberación” en algunos casos; pero hoy me gustaría opinar sobre el que la sufre desde el desgarramiento emocional que este estado provoca en aquellos seres que han crecido y madurado junto al cónyuge desaparecido. En muchas ocasiones, gracias a la profesión que he ejercido, he podido comprobar los distintos estados anímicos por los que atraviesa el cónyuge sobreviviente, y lo distintos que suelen ser en virtud de la edad del afectado; pero intentando dar un sentido generalizado a la problemática de la situación de viudedad, que es lo que motiva esta opinión, he de resaltar que es traumante, dolorosa, desesperanzada, porque con el ser extinguido quedan extinguidos también miles de segundos, minutos, horas, meses, años de convivencia que aun no habiendo sido siempre placentera, deja un vacío en el alma, difícil de cubrir con otro tipo de ensoñaciones y aspiraciones que el viudo/a propugna. Sí, lo que están leyendo, es cierto que al dolor iniciático de la pérdida y al seguimiento del duelo, queda el vacío, el “*hay que sobrevivir*”, “*es ley de vida*”, “*a todos nos*

toca”; pero a medida que pasan las primeras semanas, los primeros meses, el envidado se da cuenta de que la pérdida no es provisional, que es definitiva, que nunca más, ni jamás, podrá comunicarse físicamente con la persona a la que ha perdido y con la que ha compartido todo lo bueno y lo malo que su convivencia ha representado. Y aunque no lleve luto llora por dentro, reprocha por dentro, se rebela por dentro, siente la soledad por dentro, porque ni siquiera un hijo puede cubrísela. Es el vacío en la cama, el frío en el invierno y la desazón en el caluroso verano; porque no hay vuelta atrás, todo ha sido, nada será, todo ha desaparecido: sus gestos, su mirada, sus pasos, su sombra, su ser. Sólo queda la imagen que revela la fotografía que la persona envidada se afana en conservar junto a sus recuerdos, para que le acompañe en la escarchada noche de los sentidos. Cree no poder sobrevivir a todo este cataclismo, pero lo hace a trancas y barrancas para que, una vez asumido y equilibradamente adicionado a su nueva forma de vivir y compartir, la esperanza, la que nos mueve, le haga creer y confiar en la existencia de otra vida mejor en la que el ser querido le esté esperando para, de nuevo, y por la Eternidad, todo vuelva a ser. Afortunados aquellos que

compartan la sinceridad de esta opinión porque ellos son, sin duda alguna, la terrenal evidencia de la existencia del sublimado amor.

Por si te fueras

Existen seres especiales que provocan en otros la necesidad imperiosa de nutrirse. Ciertamente son seres elegidos, singulares, irrepetibles, doctores del alma y labriegos del corazón, dioses altruistas y a la vez sencillos. Cuando alguien posee el tesoro de la existencia de un ser de las características enunciadas y se da y se aprovecha y se nutre y se entrega y se desangra en el compartir, se eleva a una estratosfera por pocos alcanzada; porque la creación existe, divina o no embriaga, adormece, aniquila; transmuta, madura y alimenta al espíritu cuando en la comunión sensitiva, en ti reposa la rescatada energía que el sanador proyecta.

“Por si te fueras”, es un recuerdo nostálgico de aquellos seres singulares de los que me nutrí:

Por si te fueras, me afano en recoger tus escritos, tus pensamientos, tus poemas inéditos; quiero destruir lo impuro para potenciar lo digno, lo bello, lo trascendental.

Por si te fueras, riego el jardín de la nostalgia para que provoque a destiempo el nacimiento de la bella flor del pasado, que tanto nos enriqueció hasta el presente.

Por si te fueras, no quiero negro en mis

atuendos, sólo blanco, como la blancura de los lienzos que, tantas veces, me viste violar.

Por si te fueras, me alío con el silencio, que tantas jornadas acompañó a tu creación poética: lleno está de tus estrofas.

Por si te fueras, no echas en falta calles, avenidas, ni placetas a las que bautizar con tu nombre. No harán falta, para los que te queremos tenemos el mejor recuerdo: tus libros, ahí es donde inmortalizado quedó el canto de los jilgueros que tanto acompañaron tu andadura terrenal.

Por si te fueras, descarta homenajes vacíos, absurdos, inoperantes, que sólo sirven de estímulo a los que lo organizan, y de aburrimiento a los que soportan la ponderación de las virtudes del que ya no escucha, porque oír no puede.

Por si te fueras, acuérdate de cerrar con llave todas las heridas que la vida y los humanos te hayan podido provocar, incluyendo las maledicencias de los que por profesión tienen tal tendencia.

Por si te fueras, haz oídos sordos, no te alteres, disfruta de la paz que tu conciencia tan gratamente abona.

Por si te fueras, légame la sabia palabra que amortigüe la amputación de mi ser, por tu

partida.

Por si te fueras, el aroma del jazmín te acompañe, el de los narcisos te susurre y el azahar de tus compañeros, los naranjos, te proteja cual fiel mortaja.

Por si te fueras, recuérdanos, aquí quedamos; el cómo no importa, el porqué, tampoco; seguiremos, tarde o temprano, la estela que soléis dejar los seres queridos para así de nuevo encontrarnos.

Por si te fueras, déjame un rincón de tu féretro para enterrar contigo la parte que de mi alma, necrosada quede por tu partida.

Y por si no te fueras y pudieras dominar las bridas del desbocado caballo de la enfermedad, sepas y entiendas que fui y soy amado, como tú lo eres. Valió la pena nacer para llenar la alforja del mayor de los tesoros de los que soy poseedor: tu imborrable recuerdo y entrañable amistad.

Sí, me heriste

Todo vuelve a la normalidad después de lo anormal que puede llegar a resultar el intentar salir del escollo en el que uno se encuentre, sea de la materia que sea y la causa que lo haya originado. Parece que las piezas vuelven a encajar, un poco más desgastadas por el uso y la costumbre, pero válidas para el objetivo que se pretende. Los zarpazos, los roces, las heridas, las magulladuras que el maltrato psicológico puede provocar, no suelen descubrirse como si de una herida física se tratara. Es diferente. A la última la percibes únicamente mirando, y a la primera es difícil detectarla, por muy buen observador que te creas. Y sí, me heriste amiga. Con tu maltrato psicológico, demandando de mí lo que yo no te debía dar.

Me descubriste una mañana, una tarde quizá o seguramente una noche, no sé; pero me descubriste como el cazador a la pieza que tanta admiración le provoca. Y saliste a la caza con todos los armamentos de que una mujer es poseedora: con la ternura, con la sensualidad, con la inocencia, con la mirada, con el aroma, ... con todo, hasta con tus armas más ocultas, las que tú y yo sabemos. Y yo, conocedor de lo que una cacería representaba, me dejé llevar como

si de una presa más para ti se tratara. Te miré, te observé, te admiré, te descubrí, como tú a mí, pero de forma distinta, tú ya me entiendes. Y de pronto, nos encontramos en una inmensa dehesa repleta de grandes llanuras, con espacios cubiertos por añejos árboles e inmensos cielos acogedores de nubes algodonadas. Y yo, corría, tú galopabas; me hallabas, me escondía; te ignoraba, me requerías; llorabas y yo reía. Y salía el sol, la luna, nos saludaba el viento, las maledicencias, las miradas constreñidas y nosotros, en plena sazón disfrutando de todo lo que nos era importante: nuestra existencia. Y hubo tormentas, tempestades, gotas frías, días de infernales temperaturas y gélidas aguas heladas en el estanque de nuestras vivencias. Y continuamos, pese a todo, tú cazando y yo, dejándome cazar. Los dos lo sabíamos. Tú con tus armas y yo al desnudo, como así lo demandabas. Expuesto a todo y a cambio de nada. Hasta que apareció otro cazador, el tuyo, que arrebatarte la presa podía y ahí, en ese instante, todo cambió. Fue lo mismo, pero diferente, distinto, con ansiedad, con angustias, con temor... Y nos invadió el cansancio de tanta lucha, de tanta justificación, de tanto no hallar por querer encontrar. Y venció. ¿Quién?... ¿No lo sabes?. Yo, sí. Venció el sexo por encima

de los sentimientos. Vino a ensuciarlo todo, envidioso de que entre nosotros no hubiera sido necesaria su existencia. Nos hirió en lo más hondo que se puede herir, provocando en nosotros la necesidad de compartirlo. Tú te resististe, yo me negué. Y venció, vaya que si venció. Como casi siempre suele hacerlo. Por lo bajo, por la sombra, agazapándose, simulando, penetrando en la masa encefálica de nuestros cerebros para eso, para enturbiar todo aquello que tan lúdico y bello estaba siendo. Y sí, me heriste, como nadie jamás había conseguido herirme y no sé si lo recordarás pero, por si acaso, te lo voy a recordar yo ahora: fue cuando me declaraste haber hecho el amor con tu cazador pensando en mí, tu presa. Sí, me heriste, porque yo, jamás podría haber hecho el amor de no haber sido con el cuerpo y con el alma, como él se merece ser tratado; pero, claro, quizás tú, como la mayoría, entiendas que hacer el amor es practicar el sexo y eso es algo que ya hace tiempo conseguí distinguir para mi suerte, mi por siempre eterna y vieja amiga Artemisa.

Xavier Soler
-pintor-
(1.903-2001)

Era asquerosamente joven cuando conocí tu pintura sin profundizar en ella más que lo que la retina me permitía. Hablar contigo me parecía algo inalcanzable: eras muy grande, tanto que nunca intenté emularte, ni siquiera artísticamente. Oía hablar de ti. Eran historias morbosas: que si eras homosexual, que si de forma indiscriminada acosabas a los hombres, que si bebías desmesuradamente,... De pronto te vi entrar en el despacho notarial donde por aquel entonces trabajaba. No me conocías. Preguntaste por el notario y presuroso me levanté para anunciarte. Entraste en su despacho, me diste las gracias educadamente y después supe la razón de tu visita. Te seguía artísticamente cuando se me presentaba la oportunidad. Te admiraba, no sé si más por tu forma de entender la vida, por lo que representabas socialmente en mi ciudad, o por tu exquisita sensibilidad frente a la belleza, se hallara donde se hallara. Yo seguía madurando por dentro y por fuera y tropecé con un gran amigo tuyo que me apoyó incondicionalmente en mi aventura artística. Tú ibas a venir a

una exposición mía. No cabía de gozo. Te saludé, me alabaste la obra y nos despedimos. Desde aquel instante yo no desaprovechaba la oportunidad de que me reconocieras en la calle o en cualquier otro lugar, mostrándote mi admiración y simpatía. Entroncamos socialmente. Al cierre de la “galería”, que era el punto de contacto con un grupo de amigos, salíamos a tomarnos unas copas. Yo, escuchaba respetuosamente todas tus opiniones artísticas e intentaba alcanzarte lo más rápido posible, para que no pensaras que estabas ante una persona culturalmente minusválida. Tu apoyo artístico siempre lo tuve. Me advirtieron que llevara cuidado con tus “juicios críticos”: si te mostrabas excesivamente efusivo y positivo en tus calificaciones y parabienes, era señal inequívoca de que no existía enemigo frente a ti y frente a tu obra; por el contrario, si tu crítica era recatada y más bien escueta, era cuando te sabías frente a un posible contrincante. Recuerdo que, en la segunda exposición individual, rompí con la figuración ensoñadora que hasta entonces había ejecutado. Fue una exposición de paisajes más o menos abstractos. Te quedaste frente a un cuadro y dijiste: *“Has sabido captar toda la atmósfera y color del Mediterráneo”*. Yo, inmediatamente, pregunté:

“¿Te gusta?...Te lo regalo”. -reaccionaste rápida y sagazmente- “No, te lo agradezco, pero es mejor que no te desprendas de ese cuadro, así podrás tener la oportunidad de venderlo a quien esté interesado en él”. Lo entendí inmediatamente. Temiste que tuvieras que corresponder con el detalle y tener que desprenderte de una de tus múltiples obras y estaba claro que la mía no se hallaba a la altura de la tuya. Aprendí la lección y nunca más te volví a proponer semejante intercambio. Ni me vendiste, ni te compré; ni me favoreciste, ni me aproveché. Así fui de entero y honesto conmigo para demostrarte que, como humano, estaba a tu altura y que, como pintor, mi admiración era sin envidia ni complejo alguno. Éramos dos colosos, tú por tu sabiduría, yo por mi juventud. Ambas hubieran podido complementarse de no haber sido por los celos que, socavadamente, como es normal, nos teníamos por el buen hacer de ambos y por el orgullo que siempre me ha caracterizado tanto o más que a ti.

¿En qué mes será?

¿Qué mes será el designado para mi salto mortal? –me pregunto a veces- ¿Será el enero frío y seco de las rebajas de todo lo que nos ofrece el consumismo o el febrero que con San Valentín se adorna? ¿Quizá marzo que San José celebra, o en el que murió mi madre? ¿Mayo, el de la Cruz de ídem que hace estallar a la flor más simple y silvestre de nuestro seco paisaje o junio, el del fuego, el de la noche más corta, el del amor prometido, que se extingue cuando clarea el día en el horizonte azul de la soleada mañana?. ¿Julio, el del Alzamiento Nacional, el de la cara al sol, el de la camisa nueva, el de la paga extraordinaria que a tantos llega y tan poco soluciona o el agosto, que estimula el deseo que lo carnal provoca?... No, será septiembre, el del Cristo de la Paz, el de la vendimia, el del sol cansado, o quizá octubre, el que los males descubre. ¿Noviembre, el que a los santos respeto ofrenda, o diciembre, el de la *“Nochebuena ya viene, la Nochebuena se va, y nosotros nos iremos para no volver jamás”*...?

No sé, en verdad que no lo sé y es un consuelo; tener certeza del mes en que ya todo deje de tener sentido para uno, que ha gozado, sufrido,

llorado y reído todos los meses de tantos y tantos años, sería una verdadera putada. Es mejor ignorar, no entender, no saber, no querer, no oír ni ver, no hablar por no callar. Es mejor, así lo pienso y así lo siento. Mejor dejar al destino que actúe al margen de mi conciencia o de mi inconsciencia; dejarlo libre, sin ataduras, como siempre ha actuado conmigo: a su bola, como vulgarmente se dice; porque es cierto que el saber nunca ocupa lugar, pero hay lugares donde es mejor no ocupar, aunque la curiosidad te roa y la incertidumbre te angustie. Yo recuerdo que a un ser por mí querido (como a ustedes seguramente les habrá ocurrido en su vida con algún otro) le señalaron plazo, vencimiento, fecha, orden de partida, y es duro, muy duro, porque el tiempo se hace largo o corto, según el plazo; te ata, te aniquila, te entumece, te desequilibra, te humilla, te hunde, te empobrece y te rinde al fin, con el desenlace que esperas y no deseas, que deseas, y desesperas por la agonía que te cubre cual amante ciega, sesgándote el camino trazado de la vida, que continúa al margen del de la muerte que para tu ser querido está marcado. ¿En qué mes moriré, Dios mío? Tú puedes contestar, yo lo sé, Tú lo sabes, mas calla la respuesta a la pregunta hecha. Si conseguiste que en mí

se sembrara la duda de tu existencia para así buscarte denodadamente durante tantos años, te será fácil silenciar la respuesta sobre el misterio del tránsito, que tanto y tanto se teme por el que lo efectúa y por el que lo contempla, sumido por el dolor que la pérdida de un ser querido, siempre provoca.

Al hijo que nunca tuve

Has llegado a cumplir veintiocho años y compruebo con estupor con qué rapidez han transcurrido. Como normalmente se dice, parece que fue ayer cuando naciste, cuando vislumbré por vez primera tus entornados ojos, cuando sentí en el palpitar de tu pequeño y potente corazón, el mío acelerado. No hay en mí deseo alguno de contarte las llamadas “batallitas”. Eres lo suficientemente maduro e inteligente como para no tener que darte consejos que no te servirían más que para enmarañar tu mente como lo hicieron los que vertió en mí, mi padre. No tener que hablarte de futuro, cuando dicen que no existe, que es sólo el presente el que nos tiene que valer, resulta un gran alivio. Yo no podría, en estos momentos, con la clarividencia que requiere el menester, poder hablarte de él; porque la incertidumbre lo inunda todo en este mundo globalizado que tan invadido se asfixia por los poderes invisibles de los intereses económicos. Veo que te llevas bien con los que son de tu distinto color, raza y cultura: me enorgullece. Sabes que, en el fondo, me temo que siempre fui racista y que, hasta ahora, gracias a Dios, he ido salvando el escollo de tener que aflorar ese sentimiento tan

reprochable. En cuanto a mi carencia afectiva y sexual, poco tengo que aportar. Cuando se llega a la edad que he llegado yo, los puritanos decimos que valoramos más una caricia, una compañía, una amistad, a una gran noche, tarde o mañana de pasión incontrolada. Es mentira. Lo que ocurre es que nuestras limitaciones prostáticas, hacen que la mente consiga llevar todo esto con resignación y hasta que lleguemos a creer, para nuestro equilibrio, que es lo más conveniente (evitar potenciar el deseo pasional) ya que lo contrario nos puede llevar a tener que concluir, a tener que reconocer, que la hora de la poda está al llegar y que la rama de nuestro árbol no está ya para muchas hojas. Como verás he adelgazado, y no es por el ejercicio que hago, ni por lo poco que como, al contrario, hago mucho de lo último y nada de lo primero a pesar de las recomendaciones médicas. Los tacs, las ecografías y los análisis, son las experiencias más electrizantes que en estos últimos años estoy disfrutando, porque, aunque no lo creas, dichas pruebas generan en mí una excitación morbosa, que sólo se diluye cuando el resultado de las mismas resultan ser “positivas” o “negativas”, según cuadre. No echo en falta nada, para terminar cuanto antes. ¿Para qué quiero enumerarte lo contrario?

la lista sería interminable; pero sí hay algo que quiero hacerte resaltar: lo que más hecho en falta es tu compañía. Sabes todo lo que en ti he cifrado. Desde que fuiste concebido, en ti proyecté mi futuro, mi presente y mi pasado. Fuiste la prolongación de lo que llaman mi “yo”, ese “yo” que quedó sepultado junto con el hueco de la tumba adonde te estoy visitando y en la que he depositado, como cada domingo, unas blancas flores como si, además de en mi mente, hubieras existido para los que te desconocieron.

El “sí” de la margarita

Cual si de una margarita se tratara, la vida, se compone de varios pétalos que, unidos al receptáculo, configuran nuestra existencia. La vamos deshojando de forma natural, como ella misma pretende, intentando descubrir si el “sí” será la respuesta o el “no” romperá de nuevo nuestros sueños. En ocasiones, un minuto nos parece una eternidad y una eternidad un soplo, según nos vaya; pero a casi todos, y me refiero en este caso no sólo a los seres que pueden acceder a esta lectura, se nos escapa la vida sin apenas darnos cuenta, y es curioso que, cuando poco queda por vivir, sea cuando más deseas compartir. La vida es como una droga, te aferras a ella, sabes que te envilece, te anula, te aniquila, pero insistes en ir tras ella como si de una fiel amante se tratara. Y la vida no siempre trata bien a quien se lo merece, aunque yo parta de la base, de que eso se lo merece todo el mundo, hasta el más ruin de los seres, porque aun siendo la consecuencia lógica de su mal comportamiento, nadie nacido de madre se merece para ella menos compasión que el resto.

Como al principio he dicho, cual si de una

margarita se tratara, la vida nos ofrece la oportunidad de ir deshojando los pétalos que la configuran obteniendo, sin pretenderlo y aun deseándolo, todo lo que en nuestro destino viene marcado ¿por Dios? (me pregunto). En absoluto (me contesto) ¿Por quién, entonces?... Y ahí es cuando tropiezo de nuevo con el muro inaccesible de mi ignorancia. No lo sé, sí me importa, mas no hallo. Sólo atisbo a distinguir un sí de un no, un no, de un puedo, un puedo, pero no quiero, no quiero y te lo niego y me lo niego. Abstracciones, conjeturas, incoherencias cuando se trata de descubrir ¿qué es lo que hacemos aquí, en este valle de lágrimas para algunos y en este maravilloso paraíso, según los menos? Y la respuesta no la hallamos, no lo sabremos nunca; pero, pese a todo, nos duele cuando llega el día en que de la margarita, que es la vida, nos queda sólo un pétalo y desgraciadamente nos da el “sí” que nos ha costado obtener por el transcurso del tiempo, cuando ésta se nos acaba, para retirarse a descansar como quien se ha hartado de buscar sin hallar, sin haberse percatado a tiempo de que no había que correr sino ir a paso lento, muy lento, saboreando la existencia como el mejor néctar que un paladar pudiera llegar a degustar. Más yo puedo y quiero, en este

instante, seguir deshojando pétalo a pétalo la margarita, absorber los estambres, engullir los pistilos y consumir su ovario, para eso se hizo la flor, para que la consumáramos y consumiéramos cual viles roedores, de los que tan sólo nos separa el desarrollo de nuestra, a veces, absurda e inoperante inteligencia.

Santa Rita, Rita...

Son expresiones que uno recuerda a pesar del transcurso de los años y aunque, hoy en día, estén totalmente en desuso. Hoy lo que se da se quita, lo que se quita ni siquiera te lo han dado, lo que te han dado, lo has pagado, lo que no has pagado te lo han regalado y lo que mal se consigue, mal se pierde. Da igual que uno se refiera al afecto, al cariño, al amor, la amistad, al derecho o al izquierdo, al frente o las espaldas, a la razón o la sin razón; a la justicia, la sociedad, la comunidad, el municipio... Todo, todo lo que se te da se te quita: el dolor, la pena, el fruto, la siembra, los besos, los pálpitos, los encuentros; las noches, los días, la brisa, el silencio, la soledad, la sonrisa, el caminar, el desandar lo ya andado, el futuro, el hoy, el mañana, el pasado; la inspiración, la ternura, la flor, el amor, el desamor... Todo, todo lo que se te da se te quita: la dignidad, la honestidad, la honradez, la belleza, la fealdad, la simpleza, la inteligencia, lo normal, lo anormal, lo legal y lo ilegal; el tiempo, la espera, el agua, el sol, la imagen, el cabello, la juventud, la niñez, la vejez, lo adulto, lo adúltero... Todo, todo se te da y se te quita: el hijo, la familia, la esposa, la abuela, el maestro, el amigo, el enemigo, el

simpático o el alto, gordo o flaco; la sonrisa, el desánimo, el llanto, la nostalgia, el abatimiento, la sed, el hambre, el espíritu, lo espiritual, la fe, su falta, la simbología de la Cruz, la lentitud del paso por el calvario de una vida... Todo, todo se te da y se te quita: la opinión, el poder ir erguido, la memoria, la realidad, lo irreal, el miedo, el estupor, la envidia, la incoherencia, el horizonte y la cárcel vallada de sombras alargadas que limitan nuestro sentido. Todo, todo lo que se te da se te quita a pesar del dicho: “Santa Rita, Rita...” Y yo me cuestiono: si todo se te da y todo se te quita ¿por qué no podemos disfrutar de todo lo que de bueno la vida nos ofrece y despreciamos, por ambicionar lo que nos es negado, si tanto lo uno como lo otro, se nos da y se nos quita sin que puedas hacer nada por poder evitarlo?... Todo, todo lo que se te da se te quita: la soberbia, la falta de escrúpulos, el poder, las comisiones, las licencias, la facultad de manipulación, la omisión, la mentira, el empecinamiento, la listezza, la osadía, todo eso que hace que un país avance encabezado por sus políticos, politiquillos y politizados. Todo, todo lo que se te da se te quita, todo, a excepción de la liberación que da la muerte, ésa sí que te la dan, pero nadie, por muy influyente y poderoso que se crea, nadie puede quitártela, porque es

lo único que realmente nos pertenece por pleno derecho natural, naciendo.

La hiedra de mi jardín

En el jardín de mi casa, que de vez en cuando cuido, hay una planta que necesita de poca dedicación: una pequeña hiedra, de hoja de trébol, que hace treinta años, ensortijada a una pequeña reja de hierro forjado, fue trasplantada cuando alguien de quien me apetece hoy hablar, me la regaló con un beso en mi rostro, diciéndome: “*Toma, quiero que la cuides como si de mí se tratara, ella será la que te transporte a mi recuerdo*”. Yo, con esos treinta años menos, con más vigor, con más ambición, con más juventud y con mayor locura, la recibí con la ignorancia de lo que en el futuro podría representar para mí aquel gesto.

En el tiempo que ha transcurrido, la vida, como a cualquiera, me ha ido dando cornadas, algunas con signos de mortalidad, otras de segundo grado y las menos, simples rasguños de fácil curación. Y hoy precisamente, desayunando en el jardín, he sentido su presencia, la de aquella joven, de pequeña estatura, de hechuras similares a las de Toulouse Lautrec, cuando he echado un vistazo a su hiedra, la que me regaló y, recordando su vaticinio, he sentido un escalofrío. Tuvo razón: la enana hiedra, como

ser vivo que es, me ha transportado a la figura que fue de aquella joven, de abstracto aspecto físico, de grandes ojos azules, como la soledad que la inundaba, que se ocupaba de atender el quiosco de flores que se afanaba en defender para poder tener su independencia económica, pasando frío y calor, cuando lo propio de la estación demandaba; pero siempre con una ternura de la que sólo disfrutaban los que son puros de corazón. Ella, que sí tenía razones más que sobradas para maldecir, regalaba a todo aquel que lo supiera apreciar, la sonrisa de su alegría de vivir.

Veintiocho años hace que dejé de ver su figura y la última lo fue cuando se hallaba embarazada de seis meses en contra de la voluntad de los médicos, que temían que en el alumbramiento ocurriera lo peor. Ella lo sabía, me lo contó llorando de pena y de alegría. Ella, que vendía flores para embellecer los hogares de los demás, tenía necesidad de contar con una flor propia: la de un hijo, aunque no tuviera vida para criarlo (Dios le había otorgado la posibilidad de sentirlo en sus entrañas vivo, con ello, se daba por pagada, el resto, Él, Dios, decidiría) Y decidió, ya lo creo, como siempre suele hacerlo, a su forma. Su hijo la sobrevivió en el parto, tendrá veintisiete años,

habrá sido criado por su abuela, una mujer ejemplar que también habrá desaparecido por la edad con que contaba, pero ignoro su paradero; no sé si a través de este escrito él descubra que estoy hablando de su madre y por si así fuera, desde aquí le digo: *“Toma, quiero que conserves este escrito, como si de ella se tratara, porque habla de tu madre que, a buen seguro, murió por amor a ti. Dios la bendiga, por lo que representó para mí, y porque hoy, tan necesitado de su sonrisa y del azul de sus ojos, consigue con su recuerdo llenar el jarrón vacío por la ausencia, que todo lo inunda”*.

Mi complejo de Diógenes

Hasta hace bien poco desconocía la existencia del llamado “Complejo de Diógenes”, que no consiste ni más ni menos, que en el deseo incontrolado de recoger y guardar todo lo que encuentres a tu alcance: ollas, mantas, cajas, plásticos, botes, ropa, colchones,... todo lo que nuestra mente cree necesitar en un futuro y temer no poder poseer en el presente. Sinceramente, como de costumbre, he de reconocer que también padezco de dicho complejo, además de otros que me achacan los que creen conocerme (el de Edipo, el de Electra, etc., etc.) Seguramente, después de reconocer públicamente uno de mis tantos complejos, la gente tenga otro concepto de mí, distinto, diferente, erróneo, como casi siempre; pero no me preocupa, después de todo lo que ha llovido, hay pocas cosas que me “preocupen”, aunque sí circunstancias que todavía me “ocupen”.

Volviendo a lo de mi complejo de Diógenes, creo estar en lo cierto si pienso que no soy el único que lo tiene, hay muchos que son poseedores del mismo, aunque quizás no hayan ahondado en su interior y, consecuentemente, no se lo hayan descubierto y menos, reconocido.

No es grave.

Yo, en una etapa de mi vida, quemada ya, llegué a pensar que el ser humano era perfecto como máquina física, pero que su capacidad de pensar era lo que le engrandecía o empequeñecía, dependiendo de por dónde deambulaba su mente. La mía siempre ha ido sorteando los escollos que me atraían como “cantos de sirena” y no corrí muchos riesgos, sólo los necesariamente útiles e incontrolados por lo de incontrolables. Estoy seguro que entre esta opinión y las que la han precedido, personas cercanas a mí, de una forma más o menos profunda, llegarán a la conclusión de que hay en mi cerebro algún tornillo que necesite de reajuste. No les quito la razón; pero quiero tranquilizarles, porque mi desajuste está provocado por el propio equilibrio que tanto me cuesta alcanzar la mayoría de las veces. No estoy aún triste, ni deprimido, ni enfermo, ni sano, ni bueno, ni malo, ni alto, ni grueso, ni flaco, ni blanco, ni negro, ni gris, ni lejos, ni cerca, ni nada. Estoy tal cual soy, siendo yo, luchando por ese “yo” que tanto esfuerzo me ha costado alimentar para llegar a entender de forma estoica todo lo que me rodea, me ocupa y me preocupa; pero dentro de esas preocupaciones les puedo asegurar que no

incluyo mi reconocido complejo de Diógenes, porque a mí, a lo que me ha arrastrado dicho complejo ha sido a ocuparme de acumular caricias, imágenes, aromas, lugares, cantos y sonidos que, en mi pequeño “hábitat” (alma), acumulo como un desheredado indigente.

No hay cosa más triste que estar triste

No hay cosa más triste que estar triste, ni más estimulante que visitar un colegio a la hora de la salida de sus alumnos, es como si recibieras una bofetada de aire fresco en tu asfixiante orilla, la de la espera sin esperar, la del reproche sin tener a quién, la de la huella de tu paso sin huella que te secunde, la de la sombra en tiempo de estío, la del sol en tiempo de sombra, la de la respuesta en tiempo de duda, la del por qué sin hallar respuesta, la de la oración sin Dios, la de la lluvia sin gotas, la de la siembra sin simiente, la de la cosecha sin fruto. Es como un peregrinaje en busca de lo no perdido por no hallado, la del billete de ida sin vuelta, la del barbero sin barbas que rasurar, la de tus dudas ante el vacío. Hay tanta gente en esta orilla asfixiante, tanto paso sin pasar, tanto hastío, tanta pereza, tanto desgranar horas, minutos, segundos del inmenso tesoro que es la vida que se nos escapa, tanta puta sin amor, tanto amor sin depositario, tanto cheque sin fondos, tantas obligaciones que cumplir y tantas cumplidas que, rápida y lentamente a la vez, necesitas oxígeno. No hay nada más triste que estar triste, ni más estimulante que el silencio de un cementerio para reconocer estarlo. Allí

todos han luchado, todos han vencido y a la vez han sido vencidos. Todos se hallan despojados de sus honores, alharacas, incertidumbres, frustraciones, penas, desamores, pasiones. Allí ya no existe causa por la que correr, todo se ha consumado y consumido. Allí es donde puedes percibir y presentir lo que te espera y, de verdad, no hay cosa más triste que estar triste y los nichos y las tumbas, cuando se está cansado y a punto de ser vencido, resultan menos duros de contemplar, más llevaderos, más placenteros. Es el premio al que todos optamos y al que, sin duda alguna, accederemos, unos antes y otros después. No hay cosa más triste que estar triste, me lo dice mi conciencia que no lo está, que sí lo estuvo y que, seguramente estará, pero que hoy no, hoy está luchando sin esperar el triunfo, sin intentar conseguir la felicidad inexistente, sin represión alguna que reprimir, sin nada que justificar y mucho que recordar, sin vuelo que me traslade a un país sin nombre, con venas preparadas para inyectar y con angustias que evitar; porque mi conciencia, mi intuición, mi identidad eyaculan semen de vida donde no la hay, donde no la espero, donde la pierdo sin perder, porque ganado nunca tuve nada, donde cada vez es más difícil constreñirse al paisaje sin las figuras que te lo

hicieron bello. No hay cosa más triste que estar triste y, sin motivo alguno, mucho más; porque estar triste por lo que temes perder es como estar alegre sin ser. No hay cosa más triste que estar triste y visitar a un terminal que proyecta su futuro sin tener conciencia de que en el que le espera no necesitará de billete, de equipaje, de reserva, (el carril de un tren le llevará a un destino desconocido, incierto pero puro, sin contaminación alguna). No hay cosa más triste que estar triste y no tener a quién decirlo por no apetecerte hablar, como casi siempre, con la pared blanca de tu dormitorio.

Poema de Mar a un suicida.

Siento en este instante una consternación interna, como si del encanto, sólo quedara el olor a pólvora del castillo de fuegos de mi sensibilidad frustrada.

He caído preso, cuando cazador siempre he sido, y recuerdo a todas aquellas personas que sufrieron al amarme solidarizándome en la soledad que, de alguna forma, les he podido haber hecho sufrir.

Me sé puro como el primer día, más cansado, más humano y más conocedor del ser ante la situación opresiva de la mente, que no cesa en el empeño de someternos y sodomizarnos. ¿Por qué cuesta tanto la vida, cuando tan fácil se muere?... ¿Por qué nos empeñamos en alcanzar lo inalcanzable si para mí no deseo más que fuerza que soporte mi paso transitorio-terrenal?... (No puedo contestarme, yo que todo lo esgrimo con una razón convincente; será quizás porque ese interrogante me acompañe hasta el final, que preveo lento, pero seguro)

Acuden a mi mente imágenes bellas de serenas miradas, limpias como el Mediterráneo azulado, y siento que necesito el horizonte de sus playas para inhibirme de ese caparazón absurdo que me impone la vida, adentrarme en

el lecho de algas y dormir, dormir como él, mi viejo amigo, el suicida. ¿Qué respuesta darías si pudiera preguntar a tu ente por qué exististe, para quién; si fuiste amado como amaste, deseado como deseaste y olvidado e ignorado como temiste?... Porque si la respuesta fuera: “*Todo fue por amor*”, yo te bendeciría y me persignaría, en tu recuerdo, con esta mano cansada de limosnear ayuda; mas de no haber sido así, con la rabia que sintiera por lo injusto del destino, alzaría una copa de vino, en recuerdo de los que como tú, cayeron en la lucha.

Es por ti e “in memoriam” este poema que ha surgido en vísperas de tu onomástica:

Poema de Mar a un suicida

Mañana, una sola flor

Surcará el horizonte

En la tumba que el Mar te tuvo dispuesta.

Será el recuerdo amoroso

De un ser

Que, como tú, deambula

Cual cadáver

Por el asfalto gris de la vida.

Tengo rabia

Tengo rabia, contenida, pero rabia y lo

peor es que no sé qué bicho me ha picado, no hay motivos aparentes para que me encuentre en este estado anímico. Todo funciona: tengo agua, luz, gas, vino, pescado, carne; carreteras asfaltadas, autobuses, semáforos que funcionan, policía nacional, civil, de tráfico y local; farmacias de guardia, políticos, bancos con cajeros automáticos, servicios sanitarios que atienden, desodorante para las axilas, aviones, democracia, cremas reparadoras e hidratantes, jueces, crece pelos, inmobiliarias, champúes revitalizantes, moda de primavera, verano, otoño e invierno; libros, CDs, televisión, bibliotecas, hospitales, guarderías, trenes, cárceles, universidades, colegios, bancos, templos, conventos, leyes coercitivas y de las otras, dos rebajas de calzado al año, misas con sermones incluidos, barra de bares, zona de fumadores, estancos con cajas de cerillas; sexo, calcetines de dos clases, peluquerías con tintes, fútbol, bodas gays, parejas de hecho y de deshecho; toros, depósito de cadáveres, cementerio, seguridad ciudadana, parques públicos; té, café, azúcar y sacarina; aceite de oliva, yogur, chocolate de dos clases, trufa, calles asfaltadas e iluminadas; mariscos, pizzas, perfumes, regalos, preservativos, pan caliente y por calentar, margarina, mantequilla, frutas,

verduras, legumbres, Internet, ordenador, papel para escribir y del otro, lápiz y borrador,... pero tengo rabia, contenida, pero rabia. Mi psicólogo, el que me trata de no sé qué tipo de neurosis, me escucha, sabe escuchar, ésa es su misión, no me riñe, me soporta, me observa, se conmueve, me sabe víctima, una más del engranaje del que desesperadamente intento escapar como un eterno Peter Pan. Y sigo con rabia, con tratamiento, es cierto, pero con rabia contenida y sin motivo aparente alguno. ¿En qué he podido fallar si todo funciona, si todo está organizado, medido y previsto aún sin contar conmigo y, pese a todo, yo sigo con rabia, contenida, pero con rabia?...(debe ser por lo del ADN). Perdono a mis ancestros por la carga pesada que me han legado y también al esperma que ha causado el que yo haya caído en un siglo que tanta rabia, contenida, pero rabia, provoca en mí su solidaria incoherencia.

La famosa suerte

Alguien dijo, que la suerte no era para quien la buscaba sino para quien la encontraba y, seguramente, después de que salgan estas páginas, millones de españoles habrán apostado para buscarla y como compensación, encontrarla. Gracias a la ilusión premonitoria de la Navidad, la Lotería Nacional nos vuelve a hacer soñar, aunque en la mayoría de los casos, a qué negarlo, también nos consiga desencantar y hacernos volver a la cruda realidad que, en realidad, tampoco es tan de despreciar como algunos lo hacen. Desde la realidad, uno puede optar por adoptar posiciones que resuelvan sus problemas que, evidentemente y cuando se trata del paro, son importantes y mucho más si se ha caído en la trampa que nos estimula el sistema de que el “consumo” es apto para todos, ricos y pobres aunque, ciertamente, esta última palabra la omitan quienes se afanan en hacernos creer que somos lo primero. Tenemos el derecho a una vivienda digna, pero el derecho no nos garantiza más que la ilusión de poder alcanzarla hipotecando nuestra vida para conseguir ese techo. Se ha echado la culpa, lógicamente, a los especuladores que se enriquecen con la necesidad que uno tiene

de poseer el nido donde desarrollar la familia que se crea con ilusión. Y, a su vez, aquellos que lo denuncian desde los poderes políticos, se nutren legalmente de esa especulación para poder mejorar la vida de los ciudadanos a través de sus municipios. Al final, ocurre como con lo de los armamentos: todo el mundo odia las guerras y el Estado percibe pingües beneficios fabricándolas para su posterior venta. Pero no sé, me da la impresión de que he perdido el hilo de lo que quería opinar. Retomo. La Lotería de Navidad resolverá muchos problemas, y en otros, los menos, los potenciará mucho más. Yo conozco a más de un matrimonio o pareja que, si les llegara a tocar la suerte de la lotería volarían del nido que tanto les oprime, para intentar crear otro que, al final, les puede dar el mismo mal resultado que el que tanto desean abandonar. La suerte de la lotería es como la suerte que deseamos tener para nosotros y para los que queremos, aunque ésta no siempre nos asista, porque tampoco tiene porqué ser así. A la suerte no se la busca ni se la encuentra, la auténtica, la madura, la coherente, la duradera, es la que uno se trabaja desde el esfuerzo, la constancia, la lucha por vencer a los avatares que nos ofrece la vida en nuestras distintas etapas (no podemos pretender comportarnos

como el estudiante que apela a ella, la suerte, sin haberse esforzado en estudiar, y no correr el serio peligro de que se le suspenda). Nadie debería dar consejos si no te los han pedido, pero al emitir esta opinión no lo pretendo ni es mi estilo, opino como el que piensa en voz alta y sin proponerse que alguien le escuche, pero con la necesidad de decir lo que piensa, en este caso a través de la escritura, y recapaciten conmigo si les apetece ¿Se han percatado de la gran suerte que la mayoría de nosotros hemos tenido y seguimos teniendo? Todavía podemos respirar, ver, andar, oír, degustar, sentir, amar, reír, llorar, sufrir y gozar. Juguemos y no sólo en estas fechas y apostemos por reconocer la inmensa suerte de poder seguir con vida cuando tantos seres, que igualmente se lo han merecido, han tenido que abandonarla contra su voluntad. Para aquellos, para éstos, para nosotros, para ustedes, que esta Navidad sea lo más equilibrada posible con el objeto de que nuestra suerte, mala o buena, no nos altere el orden de nuestros verdaderos valores configurados por la esperanza, fe y caridad.

Ser optimista

Me consta que hay personas que me aprecian y sufren pensando que estoy un poco “tocado” cuando leen algunas de mis opiniones, (“tocado” en el buen sentido, es decir: triste, desmoralizado o desencantado) y ello me ha hecho reflexionar, si no para dar la vuelta a la tortilla, como vulgarmente se dice, sí para intentar enmendar la plana. Posiblemente no haya razón alguna para preocuparse, está todo perfectamente organizado: tenemos luz, teléfono, televisión, agua corriente, gas, aceras para pasear a los perros, carretera para que circulen los coches, iluminación callejera y nocturna, recogida de basuras; el pan caliente, la carne fresca, el pescado ni les cuento; las flores cortadas, los semáforos funcionando, la policía también, las multas mucho mejor, nuestros dirigentes ocupándose de nuestros problemas, la Iglesia de los suyos, los testigos de Jehová también; el divorcio rápido, la duración de los contratos de trabajo, más; el servicio de autobuses lento pero seguro, del de Sanidad, sin comentarios, hasta por Internet te atienden (telefónicamente es más problemático, no nos engañemos); el servicio de Correos funcionando, la estrechez económica también,

en fin, todo, todo está perfectamente organizado y nosotros no debemos ni tenemos por qué ser infelices, total esto no durará mucho tiempo, el día menos pensado nos puede caer un asteroide, según los científicos. Debemos estar alegres, contentos, felices, optimistas. Que todavía sigan habiendo accidentes cada fin de semana, en menor número que el anterior, es cierto, aunque los automóviles estén fabricados para correr a más velocidad de la permitida, no importa; que no se aclaren con el tipo de educación que quieren imponer a los que estén en edad de merecerla, tampoco; que del tema de la droga no se hable, no porque esté resuelto, sino porque aburre, también; y que de lo de la inmigración, racismo y xenofobia mejor ni comentar, vale.

Ahora, de lo que tenemos que ocuparnos y preocuparnos es de saber cómo va lo de las “ofertas políticas”. Siempre las ha habido, dirán ustedes, es cierto, pero no me negarán que como ahora, nunca. Ahora son claras, concisas, atractivas, estimulantes, porque hemos de reconocer que nuestras arcas están repletas y es hora de repartir entre los ciudadanos, bien estimulando la maternidad, bien rebajando los impuestos, proponiendo más puestos de trabajo que ganas de trabajar, construyendo

viviendas de fácil acceso para el ciudadano a través de un sorteo, como el de la antigua mili; prometiendo tropecientas guarderías, miles de geriátricos, ayuda a los minusválidos, turismo a los jubilados y, por último, lo más grande y sobresaliente de la incipiente campaña electoral: cuatrocientos euros cuando hagamos la declaración de la renta, como cheque-regalo (el que no esté obligado a hacerla que no lo espere, el regalo digo). Esto de las elecciones funciona, tanto que, en lugar de tener que votar y elegir a nuestros gobernantes cada cuatro años, debería aprobarse una Ley que obligara a tener que elegirlos cada año, sería fantástico. Sí, ya lo sé, eso es imposible porque no tendrían tiempo de materializar sus “programas políticos”, pero a la vista de los resultados, tampoco sería tan grave el asunto, el hecho de poder mantenerse en el poder aunque fuera a través de las “ofertas” sería tarea ardua, pero lo suficientemente encomiable como para que pudieran justificar sus suculentos ingresos.

La importancia de lo transcrito

En muchas ocasiones, leyendo un libro, una revista o un periódico, podemos comprobar el error que se ha cometido al transcribir el comentario, artículo u opinión. Son gazapos que no tienen mayor importancia para quien los comete, pero para el lector, a veces, supone el no quedar del todo satisfecho o enterado de lo que realmente acaba de leer. Ya sé que en alguna ocasión se llegue a pensar que el error parte de quien ha entregado el escrito, puede ser, pero evidentemente si es así, el que lo transcribe y publica, debe tener el suficiente conocimiento y desparpajo para darse cuenta del error o lapsus sufrido y corregirlo como emisor que es de la edición publicada (a esa responsabilidad creo que antaño se le denominaba “corrector de textos” o algo parecido). Ahora, con la tan cacareada informatización, tenemos, los que escribimos, muchas ventajas: en nuestra barra de herramientas contamos con la “ortografía y gramática que nos ayuda a no cometer, o por lo menos en menor número, errores garrafales, como pueden ser la falta de acentuación de las palabras agudas, llanas o esdrújulas con las que trabajamos para confeccionar la frase escrita; pero aún así hay otras que el ordenador (hoy

ojo divino) no detecta, porque una cosa es que yo escriba amar y me transcriban “mamar”, pene por “pena”, pulpa por “pulpo”, cajón por “cojón”, ajo por “ojo”, pata por “pita”, gol por “gel”, taza por “tiza”, abrazar por “abrasar”,... Y es que en la actualidad todo anda por el estilo: a la educación se la considera “tontería”, al respeto “complejo”, a la pulcritud “ñoñería”, a la coherencia “inutilidad”, a la franqueza “descaro”, a la esperanza “ensoñación”; a lo claro “espeso”, a la prudencia “cobardía”, a la amistad “interés”, a la cultura “pérdida de tiempo”, a lo de pensar “locura”, a la perfección “innecesaria” y a lo de defender: “error” que se comete cuando el defendido no cuenta con lo que hoy prima por encima de todo: dinero. Ya sé que vuelvo a querer marear la perdiz, a buscar los cinco pies al gato, a dar la impresión de que no estoy satisfecho con nada y a que me atrevo (a los que se toman la molestia de leerme) a calentarles de nuevo la cabeza. Perdón, pero soy así, todo lo contrario de lo que se lleva y así me intento aceptar y así lo hacen otros, los pocos, los menos, los que realmente valen la pena; porque en esa aceptación, formando parte del “pack” se incluyen, por supuesto, los “defectos” que uno tiene. Y finalizando esta sincera opinión, sigo pensando

como al principio, en lo de la “importancia de lo transcrito” y confío de nuevo en que cuando estas páginas formen parte de la hoja del periódico para el que las confecciono, no me vuelva a tener que preguntar con ironía ¿qué habré hecho yo, para merecer esto?.

La niña de la persiana

Dedicatoria:

*A ti, compañera de esas niñas
que, rezagadas tras tu varillaje,
intensos sentimientos frustrados
ocultaron en sus vidas sombrías.*

Era, la niña de la persiana, de morenas trenzas, ojos grandes y enlutados ropajes. El color cuervo era el color del uniforme que, hasta casi dos años, tuvo que llevar por la muerte de su callado y reverenciado abuelo. Sus calcetines de media caña arropaban sus tiernas piernecillas y dejaban sus redondas rodillas al descubierto, marcadas, la mayoría de las veces, por los moratones que los juegos alrededor de un algarrobo, producía el encaramarse a una de sus tantas ramas. Y empujaba la persiana mirando a quien pasaba, para saludarle o no, según le diera. Todo era válido con tal de matar el tiempo hasta que el castigo se le levantara y volviera a callejear o a acampar, según cuadrara.

Era, la niña de la persiana, una bella adolescente que cuidaba su brillante melena con grandes dosis de vinagre, para purificarlo. Ya no participaba del juego de los niños, ella, ya no

lo era, bordaba, sentada en el portal de su casa, a la sombra de la persiana que se asombraba del desarrollo de su inocente compañera, que había sufrido el milagroso trauma de ser mujer y el deber de aislarse, no sólo de los niños, sino de los mayores, hombres, que habían sido sustituidos por el del saco, que tanto miedo le había provocado tiempo atrás, cuando su madre así lo pretendía. El cuervo volvía a tintar de negro su bata de percal y el lazo que, a modo de diadema, adornaba su cabello (la abuela tan hacendosa y complaciente, había subido al cielo para acompañar al abuelo, que tan solo estaba).

Era, la niña de la persiana, poseedora del deseo febril de encontrar al hombre que sustituyera en su mente a la figura del padre que, de nuevo, de luto le hizo vestir. El ajuar a punto, el dolor también, la nostalgia larga y tediosa la espera, roída por el pecaminoso instinto sexual que la maternidad le regalara. Y llovía, con calor y haciendo frío y el sol, quemando su frente como el fuego uterino que su edad le provocaba. Y escondida tras la persiana, observaba el paso de los años soñando en las eternas noches amorosas de jazmín embriagadas y acariciando con ternura el embozo de los juegos de cama, que tan celosamente guardaba.

Es, la niña de la persiana, menos niña, menos mujer, más viento seco que transparente fuente, yerma de amores y de cariño llena, con medias negras de pajarero agüero que la muerte de su madre a llevar le obliga. Tras la persiana, dolida, callada, ajada, con la desgana del saciado que por saciar tiene el alma, su esquelética figura resguarda, mientras un niño, en la calle que de niña tanto corrió, ¡mamá! llama a su madre. Y su entraña, virgen de partos, un vuelco da, provocando el dolorido llanto que esconde tras su frustrada maternidad.

El atardecer de tu recuerdo

El atardecer provoca renacer en mí los brotes melancólicos y nostálgicos que tanto me angustian. La libertad, bien entendida, te da alas, mas no calor y el calor te obliga a desear una sombra fresca en verano y un hombro en el que poder apoyarte en invierno, frente al fuego. Tú eres mi sombra en el estío y el hogar en la etapa de mi deshielo. Anclada, tu imagen se proyecta en mi mente y tu sonora voz escucho en el volar del viento de esta densa tarde de apacible calma. Mis sentidos se debilitan. Alrededor solo, tan solo, solo. Y en el epicentro de mis quebrantos, tú: que hieres, que sumas, que calmas, que surges, que te evades de mi horizonte, cuando más seguro creo poder hallarme. Y sé que tú no eres tú, tú eres yo, mi ente, mi necesidad de ti, mi ternura alimentada por la simple contemplación de tu presencia. Inalcanzables resultan las cosas alcanzables cuando el deseo propicia la angustiada espera y yo, espero angustiado sin poder aferrarme a la materia que el espíritu tanto demanda. Y sé de ti, como tú de mí, como ellos de nosotros, como aquellos de estos: ¡Nada! Porque el saber es imposible, cuando lo real es irreal a través del sentimiento y eso es lo que eres tú para mí,

lo real de lo irreal por lo que de ensoñación lleva adherido mi deseo. Alargada y tenebrosa sombra de soledad preñada, proyecta mi esqueleto sobre el albero del jardín en donde me hallo, fijando mi horizonte en este atardecer soleado en el que, de nuevo, vuelvo a echar de menos tu presencia sonora en mi retina lagrimosa.

Y me iré como los justos, con la tierra abonada y la poda ejecutada, como corresponde al desequilibrado equilibrio que el vértigo de tu ausencia provoca. No me amarás nunca, lo sé, y no reprocho la verdad no dicha, asumo la consecuencia y arrastro el peso de la carga herida de mi amorosa ternura; porque eso provocas tú, mi ternura, la de un niño frente al hombre, la del hombre frente al niño, con el futuro y el pasado, con el pasado y el futuro, con la inconsciencia de un presente, presente en el que no te hallo por querer buscarte, en el que te busco por querer hallarte y por evitar el desgarró del musculado bostezo que mi cansancio provoca. No me amarás, lo sé, como certeza tengo de saber que yo me liberaré de ti de la misma forma en que preso fui, cuando una tarde, similar a la de hoy, descubrí la proyección sensitiva de tu mirada: la del amor incontrolado en mi muy enmarañado otoño.

Dog's shit*

En mi época, cuando joven, la mayoría de nosotros desconocía el significado de la palabra “mascota”. Hoy, gracias al progreso económico y que los tiempos avanzan que es una barbaridad, nos podemos permitir el lujo hasta de poseerlas. Nuestro nivel se ha elitizado de tal forma, que ahora en las calles ya no olemos y, mucho menos, pisamos, boñigas de caballo, aquellas que las mujeres se afanaban en recoger para abonar las macetas que ornamentaban los patios, balcones y cancelas de los humildes habitáculos (nuestra economía no nos permitía comprar flores más que cuando llegaba el día de Todos los Santos y, como mucho, se empleaban escasamente en los famosos ramos de novia de aquellas que se casaban “para toda la vida”, aunque luego, en la cruda realidad, ésta fuera llevada con cristiana resignación por las sufridas esposas y algún que otro esposo). Pues bien, hemos adelantado, avanzado, desarrollado y por qué no, culturizado; somos un pueblo que así se esfuerza y afana en que se le reconozca turísticamente hablando; nos hemos quitado, por fin, la servidumbre de las citadas “boñigas de caballo”; pero como todo en la vida es

reemplazable e inevitablemente, el ser humano se encarga de tener preparado el sustitutivo, ahora ha nacido en nuestros pueblos la “dog’s shit”. Sí, como lo leen, la “dog’s shit”.

La “dog’s shit” es un fenómeno que ha sido provocado por nuestras mascotas, es decir, nuestros perros, que ya no tienen necesidad de ir mendigando por las calles las sobras de nuestros tristes platos de antaño y que, además de tener casa, tienen “chip” y hasta “pedigrí” y obligan a que sus amos los paseen. Por cierto, me cuestiono quién es más amo, si el perro o su dueño, pues claro está que son ellos, los perros, los que obligan a sus dueños, a horas intempestivas, a dar una vuelta por la manzana del barrio con el fin de hacer sus deposiciones naturales.

Es enternecedor el saludo de un perro cuando llegas a casa cansado de laborar o de buscar laboro, lo sé por experiencia y , a veces, lloras su pérdida más que la del familiar que te ha tocado en suerte soportar en vida; pero las autoridades competentes, debieran plantearse no el gravar a los amos que permitan la insalubridad de sus perros, sino el costear, con lo que se recauda por las multas de los coches aparcados en doble fila que persiguen con más enjundia que a los delincuentes, el estudio de

algún sistema que no nos obligara a tener que ir sorteando la posibilidad de no pisar la “shit” de los que a veces demuestran ser más limpios que algunos de sus amos, que no se molestan en llevar encima los elementos necesarios para recogerlas y mucho menos en utilizarlos.

Nota aclaratoria:

**Para los que como yo no saben inglés,*

“dog’s shit” en castellano significa:

“Mierda de perro”, que nada tiene que

ver con la expresión contraria.

Ser el amante

No hace mucho, y durante una conversación mantenida con un grupo de amigos, surgió la palabra “amante” con referencia a la relación que presumiblemente mantenía una conocida persona casada, con otra. El tema se trató con tal banalidad que provocó en mí la ocupación mental de intentar analizar la frustración que puede provocar el encontrarse involucrado en este tipo de historias que, la mayoría de las veces, no produce el placer que desde fuera parece envidiable. Me cuestiono si, en ese tipo de relación, alguna de las partes implicadas no sale herida o perjudicada. Presumo que esa situación no plena, sino complementaria de la principal –matrimonio- puede producir el mismo grado de insatisfacción e infelicidad en ambos. Porque complejo debe ser mantener el tipo, enajenarse como si nada pasara en la relación cotidiana, social; sobrellevar la mayoría de los espacios sin la presencia del ser amado y aparentar que todo está en el lugar que corresponde, cuando en realidad es irreal la apariencia, porque lo que provoca es una desazón, un desánimo, un descontento y una tristeza, que arrastra al sufrimiento de tener que

soportar como “normal” lo que en la sociedad se entiende por lo contrario.

En los brotes iniciales, la relación es apasionada, nadie quiere más que lo que le ofrecen, todo está perfectamente claro y aclarado, nadie va a provocar la debacle, porque no es aconsejable provocar daños a terceros. Luego, presumo que, como cuando te han hecho fijo en una empresa, empiezas a reclamar tu espacio, tu puesto, el reconocimiento de tu labor y la compensación, no económica sino sensitiva, que todo amante demanda. A través de los tiempos, este tipo de relación no ha obtenido ninguna mejora. Socialmente sigue siendo reprochable el hallarse enganchado a esta clase de dependencia amorosa. La sociedad sigue siendo tan hipócrita como siempre, todo el mundo lo sabe, lo critica, lo comenta aunque, seguramente, todos o casi todos, también, añoren no tener la posibilidad de añadir un poco de pimienta al succulento plato del amor, convirtiéndose en seres traumatizados que se conforman con criticar, con lo que la vida les ofrece o con lo que únicamente se merecen; porque amar sin medida, sin razón, con pasión, con vehemencia, con dignidad, con renuncia, con dolor y con rechazo social, sólo es soportable teniendo a cambio la reciprocidad

del “objeto amado”. Esta opinión no servirá de mucho para quienes tienen “reparos” pero estoy seguro que, para los que no los tienen y/o los que están viviendo en estos instantes una historia de amantes, sí comprenderán y se identificarán con lo que he querido resaltar de esa relación tan reprochable para la mayoría y tan envidiada y deseada por la inmensa minoría. Desde aquí mi sincera felicitación a los amantes, porque no dejarse arrastrar por lo preestablecido y sí por la sin razón de lo razonado en este tiempo de emborregamiento globalizado, es como una bocanada de aire fresco en el ambiente asfixiante y putrefacto que una relación matrimonialmente aceptada socialmente, puede provocar en las víctimas que la sobrellevan y soportan, por intereses meramente mercantilistas.

Por si volvieras

Por si volvieras, acumulo recuerdos, hechos, anécdotas que contarte, la sequía padecida, el frío polar de mis artríticos huesos, el vacío de mi alma vacía.

Por si volvieras, aderezo con azúcares las frutas más selectas de mi huerto inanimado.

Por si volvieras, apoyado espero sobre el mantel con dos cubiertos, dos platos, dos copas, dos vacíos deseando ser llenados, hablando contigo, como antaño lo hice, como cuando existías y proyectabas en mí los rayos que tu energía me transmitían.

Por si volvieras, apaciguo al alma, aquieto a la mente, calmo al desánimo que me desalienta en cuanto me vence, al bajar la guardia.

Por si volvieras, los alhelies que aromatizaban la estancia, resistiendo están por sobrevivir como yo sin ti.

Por si volvieras, erguido, mi esqueleto te espera como te añora, temblando como hoja al viento, frente al mar que juntos compartimos. Y sé que no vendrás, que todo en mí es quimera, que lo que fue jamás se recupera, que lo perdido jamás se halla, que lo pasado, pasado está, que los milagros no existen, que la noche es noche, por eso por ser oscura y que el día es día, por

mucho que me niegue a soportar de nuevo su luz. Y así me reconozco: renegando de mi propia existencia, deambulando como un perro sin amo sin rumbo ni punto fijo donde hallar de nuevo tus caricias. Y no me quejo, pero siento, sufro tu ausencia, porque solo me hallo, solo como siempre, solo, como jamás me sentí, solo, como tú temías que me quedara. Sin ti, mis paisajes sólo son desiertos abrasivos donde los alacranes acampan a sus anchas alrededor de mi cuerpo. No hay mar que calmar tormentas pueda, ni cielos donde hallar estrella alguna, ni miradas, ni sonrisas, ni preguntas sin respuestas: todo fue y todo ha sido consumado y como yo me siento, consumido. Y en el rincón de algún espacio de mi alma, permanece inquieto, temeroso, callado, mi dolido sentimiento; porque amor, amar es bello, amarte, más y no tenerte es duro ejercicio para quien tan cansado se halla soportando esta amarga tarea de hacer razonable la realidad, que me inunda, por si volvieras, amor, por si volvieras.

Por si volvieras e inerte me hallaras, sacude mi cuerpo con tus brazos, dale un soplo de vida con tu aliento y la ternura de tu beso, que el milagro se produzca resucitando mi alma, para volver a estar en mí, como cuando me abandonaste amor, y para siempre, con tus recuerdos. Por si

tú volvieras...

Entre los dimes y diretes

Siempre, que yo recuerde, las gentes hemos emitido juicios gratuitos sobre los demás y, en la mayoría de las ocasiones con carácter negativo. Son los que más morbo provocan. ¿Quién no ha hablado en alguna ocasión sobre la homosexualidad de tal vecino, del embarazo de la hija soltera del amigo, del fácil enriquecimiento de algún familiar, de la afición al alcohol de un marido, de la falta de honradez de alguna esposa...? Todos. Todos hemos hablado y lo peor es que seguiremos hablando de forma gratuita, sin ánimo de intentar resolver nada, al contrario, con el único afán de hacer más llevadera nuestra propia frustración humana. “*Mal de muchos, consuelo de tontos*” –dice el refrán- pero cuidado: un tonto, sin querer, puede sacarte un ojo, pero nosotros tontos, lo que se dice tontos, no estamos del todo, sólo para lo que queremos, y lo de hacer bien sin mirar a quién, no nos seduce, nos motiva más el hacer daño y mejor si lo es con nombre y apellidos. Evidentemente los dimes y diretes respecto al ciudadano de a pie, los comparto y los sufro al mismo tiempo, ahora, lo que no me cabe en la cabeza es ¿cómo podemos atrevernos a despotricar

de nuestros políticos, los que hemos elegido democráticamente y que, indudablemente han nacido y están ahí para defender nuestros intereses de ciudadanía? ¿Cómo podemos poner en duda si sus decisiones han sido adoptadas por “intereses particulares o de partido” y no por el “interés de los ciudadanos”? Me parece poco recomendable el acusar, tanto para quien acusa, porque no demuestra la veracidad de su acusación, como para el que es acusado, por no hacer uso de las armas adecuadas con que demostrar lo vil de la acusación (armas que no siempre tienen por qué ser las judiciales, con las de la notoria evidencia que emane del resultado de los “hechos” sería más que suficiente para la “historia”).

Comprendo que, a veces, todo esto sea un galimatías difícil de resolver; pero por encima de todo lo hecho y dicho hasta aquí, hay que llegar al entendimiento común, hay que llegar a tomar conciencia de que lo importante de la convivencia democrática es el diálogo, pero con transparencia, sin acritudes, sin salidas fuera de tono, sin altanería, sin abuso de poder (tanto del de la palabra como del que emana de la autoridad) sin orgullo por ninguna de las partes implicadas y poniendo sobre la mesa, con objetividad y solidaridad, los elementos

necesarios para la solución del problema, surgido por los desencuentros desafortunados de la disparidad de criterios; porque, en definitiva, nosotros como humanos, al igual que nuestros políticos, que también lo son, estamos de paso y por suerte o por desgracia el resultado “positivo” y “negativo” de nuestras obras, al margen de cualquier sigla política, quedará en el recuerdo de los que nos sucedan, aunque para algunos, tal consecuencia o circunstancia, le importe muy poco con tal de conseguir en vida estar siempre por encima del agua como el aceite.

Las cosas pequeñas, las pequeñas cosas

Cuando nuestra estructura ósea no ha alcanzado siquiera la altura del metro, un escaparate, una habitación, una mesa, un coche, nos parece grande. Nos desarrollamos en un mundo hecho por y para mayores; las casas nos parecen rascacielos; los árboles, gigantes; una pelota, un muñeco, un abrazo, un pastel y un beso, algo pesado y dulce. Nuestros obstáculos se minimizan por la inocencia de nuestras mentes hasta que, por fin, alcanzamos, algunos, el metro y palmo y las pequeñas cosas, las cosas pequeñas, dejan de tener sentido en aras de las que nos parecen cosas grandes, grandes cosas: el primer beso, la primera cita, el primer orgasmo, el primer desencanto, las primeras llaves, el primer trabajo, el primer entierro. Y muchas, muchas de esas grandes cosas, cosas grandes, se convierten en pequeñas cosas, cosas pequeñas, cuando son comparadas con las que en nuestra segunda etapa nos preocupan: la amistad, la familia, la salud, la tristeza, el dolor, la demencia, la decrepitud, la dependencia, la soledad y, en definitiva, la muerte (final que da el comienzo a ese ansiado principio que los creyentes confían poder alcanzar: la gloria). Yo, que a punto estoy de llegar al tercer y

último ciclo de mi vida, desde la altura mental que las experiencias vividas me aportan, vuelvo a valorar la belleza de las cosas pequeñas, de las pequeñas cosas: un saludo, una llamada, un perdón, una ausencia, un aroma, un recuerdo, unas gotas de lluvia y la energía de esos rayos de sol que mis artríticos huesos, tanto agradecen y necesitan.

La fe

Los seres humanos, desde tiempos inmemoriales, inventamos la fe, invento que, a pesar de los siglos que han pasado, continúa formando parte de nuestras vidas, independientemente de las creencias que cada uno haya adquirido, aceptado o asumido. Existe la fe que se da a las situaciones o actos que generamos frente a la materia puramente jurídica que exige nuestro ordenamiento, pero también la que nace de la creencia en la amistad, en la familia, en el futuro, en el presente... Todos estos tipos de fe nos son necesarios para seguir manteniendo el orden que el sistema y nuestras carencias tanto necesitan; pero, por encima de todos y cada uno de los distintos tipos de fe, existe uno que está o debiera estar por encima de todos los demás: la fe que mueve montañas, la que no tiene razón de ser, la que creemos inoperante en la mayoría de nuestras angustiosas situaciones, la que nos han transmitido, la que tanto buscamos sin hallar, la que nos gustaría alcanzar para hacer más placentera nuestra existencia, la que se convertiría en nuestra razón de existir. La fe sin acento, como erróneamente masacramos. La fe que es ciega porque no necesita de visión

ocular, la que arrebató y arrojó el sentido de los privilegiados que la poseen, la que provoca la paz y no la guerra, la que estimula el equilibrio de la conformidad y resignación en contra de la desesperación del desesperanzado. La fe, la que provoca en nosotros la plegaria, la letanía, el rezo, la introspección, la caridad, el enriquecimiento del sentimiento, la que cada uno y cada cual lucha por conseguir intentando mantener un comportamiento acorde con lo que nuestra conciencia nos dicta frente a situaciones extremas. Esa fe, que un buen día, un buen hombre, hijo de Dios para unos, profeta para otros, guerrero para muchos, revolucionario para la mayoría, consiguió transmitirnos haciéndonos creer lo más grande que nosotros, insignificantes hombrecillos, podríamos haber soñado jamás: ser hijos de un Dios y hermanos de todos los hombres.

Ojalá que, en los tiempos que queden por venir, la revolución del mundo sea la de conseguir la globalización de las creencias religiosas para con ella enfrentarse y paliar la cada vez mayor “hambre y sed de justicia” del individuo, sea cual sea su raza. Sirva esta Semana Santa, la de 2008, si no para compartir, sí para comprender y respetar la esencia del mensaje que ésta representa, en aras de la tradición heredada y

transmitida.

Blanco de España

Según la definición del Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española, la palabra “BLANCO” tiene distintas connotaciones: Golfo del Océano Glacial Ártico, Padres Misioneros de Ntra. Sra. de África y algunas más que eludo transcribir por lo pesado; pero hay una definición fantástica, la del BLANCO DE ESPAÑA, (creta muy fina, levigada o precipitada que se emplea como pigmento, tiza y pulimento). No me digan que no es rico el idioma español y original, porque lo del Blanco de España lo es. Además, para mí es el color perfecto: el blanco de un lienzo, el de una página en eso, en blanco, el de las batas de los médicos, el de algunos hábitos de monjas, el de un mantel, el de un pijama, el de la mente, el de una camisa, el de la nata, el de la toalla, el de un jazmín, el de un slip, el de un traje. Por cierto el blanco en un traje ofrece una fantástica imagen en verano. Da a quien lo lleva una imagen de “pulcritud”, de “armonía”, de “delicadeza”, de “equilibrio”, de “sensatez”, de “ductibilidad”, de “paciencia”, de “saber hacer y de dejar hacer”, o lo que es lo mismo, de “vivir y dejar que vivan los demás”, aunque no coincidan con tus pragmáticos

critérios respecto a lo divino y lo humano. El blanco ha sido utilizado por mí en diversas ocasiones y, por supuesto, espero que muchas más (evidentemente el sudario que deseo será de color blanco, no lo concibo de rojo y gualda, por muy de derechas que me tachen los que por enemigo me tienen) Sí, es perfecto el blanco. ¡Ah! Se me había olvidado que de blanco es el traje de acristianar, el de la primera comunión, (incluida la hostia que nos ofrecen en tan señalado día) el de la novia junto con su ramo, el del forro de los ataúdes,... No me digan que el blanco no da juego a casi todo, incluyendo a los calcetines blancos que tanto estilo da a quienes los lucen con unos zapatos negros y arrugados, cansados de soportar tanto sudor andariego. Es una maravilla la existencia del blanco, porque si él no existiera, ¿cómo sabríamos distinguir la existencia del negro?. Ese color, el negro, que antaño fue abrogado por el luto y que hoy en día se utiliza hasta en la ropa interior de los hombres, por no hablar de las camisetas que, por cierto, hacen abaratar la que luzco de vez en cuando de “marca” y que me hace parecer un camarero más de los pubs que se precian estar a la moda. Ahora que caigo, no sé por qué me ha dado hoy por escribir sobre el color blanco y por añadidura del negro. Bueno, del

negro sí lo sé porque es el color de moda en invierno y lo del blanco, debe de ser porque en este pasado verano he debido de contemplar en algún medio escrito alguna fotografía que otra, en la que, seguramente, he admirado el buen gusto de las personas que lo han utilizado como reflejo de la “paz interior” que seguramente disfrutaban, pese a lo que está cayendo gracias a la sequía que estamos padeciendo en este País y muy concretamente en esta Comunidad Valenciana, que va a terminar por sustituir la necesidad de tal líquido, el agua, por uno no menos rico de color rosado, negro o blanco. No, si al final tendremos que agradecer al Gobierno central las cortapisas que se inventan para eludir una necesidad evidente (el agua), que va a provocar que seamos los más alegres de las Autonomías, gracias a nuestro estado constante de embriaguez ética.

Un pájaro

Tenía un nombre: *Pluma*. Una especie: *pájaro*. Un recuerdo: *el mío*.

Como siempre ocurre, después de que son pasado, las cosas, los seres, buscan hacer hueco en el recuerdo, como si pretendieran immortalizarse a través de la memoria, y mi pájaro enjaulado, privado de libertad, había dado el último salto mortal desde el trapecio de su dorada jaula, sin temor al vacío que ya en su alma anidaba. Mi madre fue la que me comunicó que había muerto. Nunca había contemplado jaula tan inmensa como esa mañana, inmensa por la ausencia que lo inundaba todo, aunque el ausente, diminuto pájaro fuera. No quise dramatizar su partida, contesté a mi madre: “*No te aflijas, al nacer, todos caminamos hacia la muerte*”, pero el silencio seco, cuando hay dolor, es como el alcohol en las heridas: escuece.

Ahora entendía la corriente frase de “*se quedó como un pajarito*”, ahora sabía cómo se había quedado Pluma: solo, con su plumaje estático, con el pico entreabierto y los ojos cerrados hacia adentro, con el semblante de quien descansa tras el sufrimiento.

La jaula vacía me recordaba a la habitación

postrera, cuando alguien sale sin ser, siendo. ¡Dios, qué soledad, qué vacío, qué tristeza! Hubiera querido huir con él por los aires para evitarme el tener que soportar la ausencia; pero no tenía alas y al pajarillo las que le crecieron de poco le servían ya. Cuando el jardín inundado de sol primaveral era el escenario de su humilde entierro, un hueco en la húmeda tierra sirvió de sepultura eterna, mientras las coníferas susurraban, los cipreses silenciaban a la brisa y las anémonas de mis recuerdos, parecían más tristes por su partida. Hubo un silencio. Sólo el silencio y nuestro llanto interno (el que el niño hace aflorar en el hombre-adulto ante cualquier pérdida querida) fuimos los partícipes de aquella corta e intensa ceremonia, observada por una paloma que en nuestro balcón anidaba. Y el romero azuló más aún su aromática flor para ser inmolado sobre la diminuta tumba del protagonista de aquella triste jornada.

Y los sueños, sueños son.

Esta primavera, idéntica a las anteriormente vividas por mí, me transporta al ensueño de antaño, cuando no representaba más que una estación del año que precedía al caluroso y estimulante verano. El verano, los baños en nuestra playa tendidos al sol cual lagartos, la brisa del mar, el murmullo de las olas, las piedras que de lecho nos servían. Bastaba con una simple toalla, un cutre bañador, unas zapatillas de esparto y unas buenas ganas de ir y venir andando poco más de tres kilómetros. No temíamos al sol. No había agujero en la capa de ozono y si lo había, lo ignorábamos, nuestra cultura no daba para tanto. Carecíamos de nevera, pero disfrutábamos de polos de hielo, los más económicos y de distintos sabores. Si era festivo, nos permitíamos el lujo de tomar un coyote o un chambi. Recuerdo que en el estío de la tarde, pasadas las pesadas horas de la siesta, se oía por las calles la voz del “chambilero” que nos recordaba las excelencias de sus productos, y las amas de casa salían con avidez a llenar de agua de limón o cebada la jarra reservada a tal fin, lo de la horchata de almendra estaba reservado para el enfermo que pudiera haber en la familia, así como los

rollitos llamados “morenos”, que tan insípidos resultaron siempre para mí.

Lo del cine de verano era algo irrepetible. Tenías la posibilidad de tomar un bocadillo de pan y poco más y después, descascarujar una peseta de pipas que consumías con entusiasmo, mientras los mayores fumaban como carreteros y las parejas de novios, bajo el cielo techado de estrellas y aprovechando la oscuridad de las últimas sillas de los laterales, se afanaban en degustar, con placer, el sabor del deseo de la carne, pero contenidamente, como correspondía a los mensajes subliminales que recibíamos por parte del poder del Estado y de la Iglesia. Posteriormente a la cena, el vecindario sentado en la puerta de sus casas, daba un aspecto festivo a la jornada que se estaba extinguiendo, aprovechando en la mayoría de los casos, el poder comentar los acontecimientos acaecidos en el pueblo y que, por su importancia, (morbo) estaban en vigor. Las dos de la madrugada y a dormir, era la hora prevista para los que no teníamos que madrugar mucho o nada. Todas las ventanas y balcones de par en par abiertos (no había que temer a los ladrones si no existían gallinas) permitían el paso a los mosquitos que nos bombardeaban y, de vez en cuando, a través de un cacharro humilde y

popular, impregnábamos las habitaciones de un producto denominado “fly”. Cuando nos vencía el sueño comenzábamos a despertar en otro, que nos hacía más llevadera la existencia: éramos guerreros, indios, americanos, espadachines, héroes de película que siempre vencíamos al enemigo, hasta que llegaba el nuevo día y volvíamos a convertirnos en unos simples niños de la posguerra, que no carecíamos de nada porque nada se nos podía ofrecer, mientras las campanas de las iglesias, de vez en cuando, tañían de nuevo por alguien que había pasado a mejor vida. La existencia de ese sonido tuvo para mí una trascendental repercusión cuando una jornada corriente y vulgar de un septembrino día, anunció la primera pérdida de un ser querido para mí, mi padre, que no sé si pasó a mejor vida, pero que, seguro, se merecía que así lo fuera. Y yo seguí soñando, pero no a guerreros ni a indios ni americanos, soñé, que todo lo que a continuación me tocó vivir durante mi adolescencia, era simplemente la pesadilla provocada por unas largas y tediosas fiebres tifoideas.

Etapas de reflexión

Hoy, día de reflexión, y antes de saber quién se llevará el gato al agua como vulgarmente se dice, me he sentido volcado a plasmar una vez más mi opinión. Recapitulo, y en esta noche premonitoria del triunfo y el fracaso de algún que otro partido, hago mía la duda, la incertidumbre, la angustia, la ansiedad, la ilusión, el temor de los que se someten a la votación por parte de sus conciudadanos. Deben tener la sensación de haber hecho, como mejor han sabido, la campaña que precede a las votaciones y la conciencia tranquila por haber prometido todo lo que se puede cumplir, ganen o no en las urnas. No cabe duda que, en todos y cada uno de los candidatos, ha existido la mejor intención al haber transmitido ese toque de esperanza en mejorar lo siempre mejorable de nuestro panorama económico, social y político y nosotros, los ciudadanos, que hemos ejercitado nuestro derecho a votar o a no hacerlo, según entendamos desde nuestra parcela de libertad, tenemos y nos merecemos la compensación de recibir, a cambio, no sólo propósitos de enmiendas, sino la total entrega y desarrollo de sus capacidades, limitadas o no, para conseguir que el bienestar de

nuestra sociedad sea posible, al margen de las promesas electoralmente fallidas, que siempre las hay y, de una vez por todas se pongan de acuerdo, tanto el partido que gobierne como el o los que lo estén en la oposición, en encaminar todo su esfuerzo y sabiduría hacia el objetivo de alcanzar nuestro mejor desarrollo; porque no nos engañemos, de ellos, de los políticos que hayan sido elegidos dependerá el que nuestra convivencia sea lo más acorde a nuestras necesidades que, como es humano, siempre van encaminadas a una coherente, placentera y solidaria existencia. Lo que se tenga que aprobar que se apruebe, venga del partido que venga, si con ello se beneficia al desarrollo y mejoramiento de nuestro País y si así no fuera que la oposición ejercite el derecho a impedirlo en bien de los que los votaron o no que, en definitiva, es para lo que están. Y si al final de este ciclo de cuatro años, los que a partir de mañana van a comenzar a desarrollar el poder con la oposición al frente, demuestran que los que tenemos nuestras dudas respecto a la clase política nos hemos equivocado al dudar, seguro que, aunque no sea en las urnas, se le reconocerá moralmente para bien de todos los que configuramos esta comunidad, que no desea ni más ni menos, que dejen de contarnos

cuentos chinos una vez que hayan firmado el acta de toma de posesión de su cargo, como desgraciadamente, en la mayoría de los ciclos de mandato nos han tenido acostumbrados a tener que soportar y sufrir. Mi enhorabuena a todos y cada uno de los candidatos, que han configurado los diversos colores con los que un pintor gustaría contar para plasmar el más bello de los paisajes que, para un utópico como yo, equivaldría el comprobar que, al fin, todo ha valido la pena, desde la honestidad y honradez que nos merecemos seamos o no del color del partido que nos gobierne, reconociendo que hasta lo del color hoy anda un poco descolorido.

La Santa Misa

En esta tarde lluviosa preñada de otoño, como yo de ausencias veraniegas, juego con las hojas del árbol caído, que se despoja de su vestimenta para el crudo invierno con la esperanza de la llegada de la ansiosa primavera, que todo lo cubre y engalana. Sin preverlo, tropiezo con una farola y, aturdido por el golpe recibido, percibo que en mi cerebro se ha debido recomponer alguna pieza que se hallaba destartaladamente ubicada. Recuerdo, asombrado, cosas que creí olvidadas, algunas entrañables, otras, no tanto: viajes realizados, paisajes olvidados, miradas perdidas, palabras cruzadas, aromas extinguidos. Las intermitentes luces que, desde los árboles de plástico fabricados en China, vaticinan la Navidad, me lo hace todo más cutre, más impersonal, como si de mi existencia sólo tuviera yo conocimiento. Me dirijo a oír misa, nunca se sabe, a veces encuentro la paz, el sosiego a mi espíritu; otras, las menos, salgo endemoniado, seguramente por mi estado de ánimo no percibo el sentido del mensaje divino (como la mayoría de los pocos que allí solemos estar) Alguien, en una ocasión, me comentó que su opinión era que, *“sólo aquellos que mucho tiempo*

tienen lo pierden yendo a oír misa". Aquello me dejó perplejo. No lo había analizado. Quizá y, seguramente, desde su punto de vista, sea así; pero yo jamás he llegado a tener la necesidad de matar mi tiempo oyendo misa. Al contrario, lo he recuperado, lo he condensado y enriquecido con esa comunión que mi espíritu necesita sobre algo superior a mi propio existir. Es, como si me comunicara con ese Universo tan indescifrable como infinito, tal cual mi Dios, universal, indescifrable e infinito. Quizá ésa esa la divinidad que no llego a entender, la del Universo y no precisamente por mi falta de interés.

Hay ternura en esos escasos y fieles feligreses que, en los últimos escalones de su interminable escalera, se acogen a su creencia para serenar y llenar el vacío de su existencia durante los días de la semana. Les acompaña. Les consuela. Les gratifica. Y se sienten tocados por algo superior que les protege (todo lo contrario que lo que les rodea, que los aparta en cuanto dejan de poder dar el servicio exigido, como si de unos electrodomésticos se tratara). Es duro, a veces, tener coherencia, conciencia, capacidad analítica, porque llegas a mortificarte sin necesidad alguna. La vida es tal cual es, nadie la ha cambiado ni va a cambiarla. Sigue siendo

lo que es, un valle de lágrimas, dulces algunas y amargas la mayoría. Pero es así, evidentemente, y no cabe discusión al respecto. En la Santa Misa, el instante del “**reconocimiento de nuestros pecados**” me parece un poco falso, porque en el fondo, nadie reconocemos tenerlos dado que actuamos según nuestra conciencia aunque ésta, a veces, se halle en un estado poco recomendable. El momento feliz de poder “**darse la paz**”, ciertamente nos hace más cercanos durante esa media hora, que es lo que suele durar la misa, incluido el sermón que, de ordinario, tan inoperante nos suena. Lo sublime del “**Padrenuestro**”, eleva y prepara el ánimo, reconociendo que aunque no sea lo que nosotros creamos merecer, se siga “*haciendo la voluntad del Padre*”, que cree saber qué es lo mejor para nosotros y, por último, la “**consagración**”, esa que, seguramente, si existiera y existe, provoca la energía sobre el altar del sacrificio (la hostia, representativa de la sangre y cuerpo de Cristo, es adherida a nuestro paladar, con la necesidad obsesiva de que “**aunque no seamos dignos, nos sanará el alma**”). A veces, para mi regocijo, creo atisbar el porqué ha durado todo esto dos mil años ya, seguramente porque como dice el refrán, “**Algo tendrá el agua, cuando la bendicen**” y el agua,

es tan necesaria para nuestro cuerpo, como la **bendición** para nuestra alma; de eso sí que no tengo la menor duda. Seguro que alguno de ustedes, tampoco.

El miedo en el cuerpo

¿A quién interesa que tengamos el miedo en el cuerpo?. No lo sabemos, no lo podremos saber. Lo cierto es que lo tenemos y no sin fundamento. Dar un vistazo a cualquier telediario, incluyendo al de la TVE., que pagamos todos, da terror. Ni hablar de los “magazines” que nos ofrecen diversas cadenas. Todas están deseosas de que se produzcan catástrofes, asesinatos, robos, maltratos, todo lo que de negativo aporta la Naturaleza y el propio ser humano. Nos alertan de los peligros que podemos correr al consumir determinado producto, de los fríos que posiblemente suframos y del calor agobiante que extenuará nuestro aparato respiratorio, del aumento del IPC, en contra de lo previsto por nuestros gobernantes y de la subida de los índices de mortalidad en nuestras carreteras, especialmente en época vacacional, por no hablar de la bajada desmesurada de nuestros bolsillos que cada vez están más a cota cero. Todo está tintado con el mismo color, negro tirando a humo, como el que nuestros montes emanan, no se sabe bien si por cuatro ignorantes desalmados o por cuatro espabilados bien armados, que se aprovechan de la mala política llevada por las

autonomías, respecto a la repoblación humana de los pueblos, que evitaría el abandono y la falta de protección y limpieza de nuestro patrimonio medio-ambiental. Pero, pese a lo negativo de todo lo anteriormente enunciado, todavía hay tiempo para la “esperanza” – se lo he oído decir a un gobernante respecto a otro candente problema político que nos sigue perturbando (ETA) –. Menos mal que también podemos acceder a programas que nos estimulan desde nuestro sofá de tres plazas anoréxicas al descubrir quién baila, quién canta, quién cocina, quién grita, quién miente, quién practica edredoni, quién roba, quién sale y quién no entra en la cárcel, aderezado todo ello por los anuncios que nos mortifican recordándonos que para estar sanos, que no mejor, debemos practicar deporte, saciarnos de yogures, degustar una dieta mediterránea, consumir productos frescos de primera calidad (los cuales no puedes adquirir por su alto costo y tienes que suplir con los que gracias al “frío” se conservan, obviando, eso sí, lo del sexo, por si acaso se propaga como parece lo va a ser lo de la gripe aviar).

Todo ello lo es con la sana finalidad de poder gozar de buena salud y conseguir llegar a los setenta y cinco años, luciendo en bañador

nuestras miserias durante el crucero que puedas disfrutar gracias a las fantásticas pensiones que la mayoría (léase los no privilegiados, que también los hay) obtendremos por nuestros cuarenta años de cotización laboral a la que se le aplicarán las operaciones matemáticas para que al final cuadre con lo que el Gobierno, éste, los anteriores y los que nos vengan, considere suficiente para que vivas con “dignidad”, poco comparable con la que se “agencian” los que han sido elegidos por el pueblo, democráticamente eso sí.

Ahora, lo que más asombro me ha causado últimamente ha sido el anuncio del Ministerio correspondiente, a través del cual se nos estimula advirtiéndonos que, después de los sesenta y cinco años la vida no se acaba, que todavía te quedan cosas por “hacer”, todo aquello que no has podido efectuar antes, tales como practicar deportes, leer, escuchar música, bailar, etc. No sé si existe alguna compañía de seguros que te garantice tales privilegios, porque de existir seguro que quebraría de inmediato. Mucho me temo que a partir de esa edad, la mayoría, para lo que está no es para hacer footing, sino para pasear con alguien que, previo pago, te acompañe por si tropiezas o te extravías; ni para nadar, sino para luchar contra

el insomnio; ni para leer, salvo que hayas tenido la suerte de que la operación de cataratas te la hayan efectuado antes de la ceguera total; ni para escuchar música, el sonotone además de caro es duro; ni para bailar como no que te hayas podido permitir el lujo, dado lo succulento de la pensión, de poder asistir al podólogo para que te “hagan los pies” y a la peluquería para que cuiden los escasos cabellos permanentados, tan castigados por el tinte a lo Juanito Valderrama, que en paz descanse. Debe ser que yo pertenezco a otra zona de España, distinta a la que nos quieren vender. En resumen: todo un estímulo para los sentidos, no sé si de los cinco, pero de alguno seguro. Con ese caldo de cultivo no es extraño que, el que más y el que menos, tengamos metido el miedo en el cuerpo y al levantarnos nos cuestionemos para qué, con el “mobbing” que nos están constantemente montando los que dirigen esta desconcertante orquesta, por no hablar del miedo a conectar la radio y ponerte al corriente de cuántos visitantes africanos llevamos ya en este País de jauja, Nación de naciones o lo que sea.

Diario mental de un niño

8'30 AM.

Tengo la sensación de que está ocurriendo algo. El perro está nervioso, mi madre, también. Todo se sucede con rapidez: la ducha, el ponerme la ropa, el desayuno, el viaje para coger el autobús. No sé qué habrá sido, pero hoy me ha resultado una mañana distinta. Espero y confío en que esta tarde todo vuelva a la calma.

18,30 PM.

He terminado de hacer los deberes y he merendado. Después he oído hablar a mi madre por teléfono, seguramente con mi abuela. Me ha parecido que estaban discutiendo. Por cierto, mi madre, apenas ha hablado hoy conmigo, ni siquiera se ha interesado por cómo me había ido en el colegio. Sigo percibiendo algo extraño. Jugando con la play-station ha sonado de nuevo el teléfono. He ido a cogerlo, por si era mi padre, pero me ha dicho mi tía que se pusiera mi madre que estaba en la cocina llorando, no sé por qué.

20 PM.

Me he duchado y cenado pizza y llegada la hora, me dispongo a dormir. No sé, sigo notando algo extraño. Me ha tocado sacar al perro a la calle. Mi padre todavía no ha venido. No lo he preguntado, pero debe estar de viaje, porque ahora que me acuerdo hoy es jueves y desde el lunes no lo he visto. Es normal, porque su trabajo le obliga a viajar mucho. En estos instantes me apetecería que estuviera aquí para saber si el domingo podemos ir al polideportivo: se juega la final de baloncesto y me gustaría animar a mi equipo. El perro casi no ha comido, siempre le ocurre lo mismo cuando mi padre no está, es lógico, para él, mi padre es su amo. Le he llamado para que subiera a mi habitación, pero no me ha hecho ni caso, sigue al pie de la escalera esperando oír el motor del coche de mi padre que tanto conoce. ¿Y mi madre? ¿Por qué tarda hoy en subir para taparme y darme el beso de las buenas noches?... No sé si llamarla, mejor no, esperaré, no tengo demasiado sueño, leeré un poco. Otra vez el teléfono. No para. Cuando no es mi tía, es mi abuela o cualquiera de los múltiples amigos de mis padres. Parece que oigo llorar a alguien y en casa sólo está mi madre y yo. Voy a bajar a ver qué está pasando, aunque corro el peligro de que me regañe mi madre por no estar ya durmiendo. No entiendo

nada: mi madre sentada en el sofá está llorando. Hay varios clínex usados a su alrededor. ¿Pregunto o no pregunto? ¿Qué hago? ¡Mamá! “Hijo – contesta – *¿No tienes sueño? Es tarde*” ¿Qué ocurre? –le pregunto- “*Nada hijo*”. ¿Por qué estás llorando?. “*No, no es nada. Es que he estado hablando con una amiga y al contarme lo que le ocurría, nos hemos puesto a llorar las dos, cosas de mujeres. No te preocupes. ¡Anda, vete a dormir que mañana hay que ir al cole*” Mami, dame un beso. Tienes los ojos rojos. Quieres disimularlo, pero aún estás llorando. ¿Es por algo que he hecho mal, las notas, el colegio?... “*No hijo, al contrario, estoy muy orgullosa de ti. De verdad, no pasa nada, no debes preocuparte por mí, yo estoy bien y aunque así no fuera, por ti, sacaría fuerzas de donde las hubiera, porque te hago mucha falta y porque sin ti, todo dejaría de tener sentido para mí*”. Me ha dado un abrazo muy fuerte, de los que te pueden llegar a hacer que te falte un poco el aire para respirar, y un sonoro beso y aunque cuento sólo con siete años, le he prometido que comeré mucho para crecer muy rápido y hacerme grande. Ahora recuerdo, que he oído el mensaje que mi padre ha dejado en el contestador del teléfono. No sé muy bien a qué se refería cuando decía “que todo

había terminado, que el abogado se pondría en contacto con mi madre” ¡Ah! También ha dicho que se llevaría al perro –seguramente le irán a vacunar – y de mí, le ha dicho que no se preocupe, que no me faltaría de nada hasta que cumpliera dieciocho años de edad – qué tontería, si yo lo tengo todo -. Bueno todo, ahora que lo pienso, no. Me falta el beso de mi padre, pero seguro que como mañana es viernes vendrá del viaje y pasaremos juntos todo el fin de semana, como de costumbre. Sigue preocupándome todo lo que ha pasado hoy, pero seguro que mañana estará todo más claro.

¡Ya vienen las municipales!

Como se indica en el título de la presente opinión: ¡Ya vienen las Municipales! Evidentemente nadie se preguntará a qué me estoy refiriendo, tenemos bastante práctica ya, como para poder entender con pocas palabras a lo que me quiero referir: a eso, a que ya vienen las municipales, las elecciones, los esfuerzos, las carreras, el agotador trabajo, los mítines, los reproches, los dimes y diretes, el “yo lo hago bien”, el “yo lo haría mejor”, bla, bla, bla, como siempre. Desde que ha nacido esta saludable democracia estoy oyendo lo mismo, ninguno me sorprende, todos están trabajando para que la cosa funcione y los que no, prometen hacerlo en cuanto cojan el mando. Y aquí nada cambia, ni las doctrinas, ni las banderas, ni los mensajes, ni las promesas incumplidas, todo igual que siempre, aunque digo yo, ¿desde que todos están trabajando para que todo funcione, algo debería estar ya superado o funcionando? Y, aunque yo no tenga muchas luces para discernirlo, el comentario general es que vamos todos mejor, pero, como de costumbre, sin saber adónde. Eso sí, hay “libertad” para todo: para casarse con quien te plazca; para comulgar o no con ruedas de

molino, incluyendo las eclesiásticas; para salir de la cárcel declarándote en huelga de hambre; para que te encierren por robar, pero sin tener que devolver ni un duro; para que te controlen con un carné por puntos (que también debería exigírsele a la clase política por eso, por ser políticos y para que no nos conduzcan tan mal); para que ellos, los políticos, prometan lo que no cumplen y cumplan precisamente lo que no han prometido; para que seamos más solidarios con los países pobres y apadrinemos a través de la ONG que te plazca, (aunque algunas se confundan con la dirección hacia donde deben de ir sus capitales); para sortear viviendas de protección oficial, porque constitucionalmente todos tenemos derecho a tener una casa, pero a efectos de poder ser candidato del sorteo sólo hasta los treinta y cinco años, (después, se supone que si no la tienes has perdido el tranvía y no precisamente el que se ha instalado recientemente en nuestra capital); para poder opinar públicamente en este periódico, aunque a veces reciba alguna que otra reprimenda cariñosa de algún “político amigo” por haberme expresado con “entera libertad”; para que los políticos a los que elegimos, nos gobiernen desde la altura y el poder de su cargo, después de haberse tenido que bajar al moro para

conseguir nuestros votos poniéndose el disfraz de cordero y no el del lobo, como algún que otro ha resultado ser. En fin, como he dicho al principio, para todo hay libertad y todo está permitido porque todo forma parte del “sistema” que nosotros no hemos creado pero sí consentido y en el que estamos involucrados, -por tener, tenemos hasta la libertad de poder patear porque suban los intereses hipotecarios, aunque encima tengamos que dar gracias, todavía hay mucho margen hasta llegar al dieciséis por ciento que tuvimos que pagar más de uno en nuestra olvidada juventud- y, por último, la mejor de todas las libertades: la del derecho a la educación, que cada vez menos niños tienen la posibilidad de encontrar en sus propios hogares, tan desvinculados humanamente por la libertad de tener derecho a cambiar de cónyuge cuando a sus padres les plazca. Total, el matrimonio, para la mayoría, se ha convertido en unos grandes almacenes en donde comprar y tirar, forma parte de esa efímera ilusión de querer salir de la depresión y opresión a que la falta de “valores” nos conduce y a los que, por supuesto, también tenemos derecho, faltaría más, aunque nadie luchemos por recuperarlos, para nuestra desgracia.

A propósito de las encuestas

Me encantan las encuestas. Últimamente me he dado cuenta que me atraen, no solamente por lo sugestivo de las preguntas a encuestar sino por el resultado de las mismas. Es como una carrera de caballos para mí, comprobar quién alcanza el listón más alto, saber si ganas o pierdes según tu opinión personal respecto a lo que se cuestiona o pregunta. A veces gano y la mayoría pierdo, pero como es gratis y no arriesgo dinero alguno, no me importa seguir jugando, aunque casi siempre, por no decir siempre, pierda. Estoy acostumbrado. No sé a quién se le ocurrió la primera encuesta, seguramente a los americanos que todo lo saben e inventan y aunque no siempre el resultado final da la razón al de la encuesta en sí, es evidente que se acerca muy mucho a la autenticidad de las opiniones emitidas. Hoy en día, todos sabemos que cualquier cosa cuesta dinero, yo no me he cuestionado cuánto cuesta recoger la opinión del ciudadano, aunque en la mayoría de los casos, según tengo entendido, lo hacen por Internet, instalación que, por cierto, todavía no utilizamos la mayoría de los españoles cuya opinión también cuenta. Es lógico, los tiempos avanzan y hoy en día y

en un futuro no muy lejano, quien no cuente con dicha herramienta se va a quedar anclado en el pasado. Yo me estoy cuestionando si me lo instalo o no, pero de momento, me es suficiente razonar mi opinión al margen de la repercusión que ésta tenga. Bueno, volviendo a lo de las encuestas, hay que ver qué preguntas más interesantes nos suelen plantear: Si se cree que el partido X va a ganar las elecciones; si se piensa que la instalación de determinado negocio va a perjudicar los intereses de la ciudadanía; si es necesaria la existencia de una Monarquía; si lo del paro tiene fácil solución; si se considera racista o xenófobo; si le parece cara la cesta de la compra; si cree que el partido en el poder puede solucionar lo de la sequía; si considera necesaria para la belleza de la mujer la implantación de unas mamas de silicona; si los padres creen que controlan suficientemente a sus hijos; qué opina sobre los malos tratos; si sueña con que baje la gasolina algún día; si no sería conveniente eliminar todas las fiestas del calendario y agruparlas a los fines de semana; si el Papa representa a la mayoría de los españoles; qué opinión le merece lo de la píldora del día después; si se estaría dispuesto a adelgazar con una dieta controlada; si la Iglesia está desfasada; si no vivimos mejor que cuando

Franco; si se siente dignamente representado por el partido en el poder, sea a nivel nacional, autónomo o municipal, etc., etc., etc. No me dirán que no hay tema para rato, así podríamos estar horas y horas, hasta llegar a la conclusión que he llegado hoy: que no sé si me importa más lo que me preguntan o el porcentaje de los que contestan, porque vamos a ver, no es lo mismo que te digan que el porcentaje “positivo” a lo que se pregunta es del setenta por ciento y el “negativo” del treinta por ciento restante, si no te indican en la publicación, sobre qué totalidad de votos se ha sacado el citado porcentaje, porque no es lo mismo sacar el setenta por ciento de los votos emitidos –quince- que sea sobre el porcentaje de doscientos o dos mil. Me comentan los expertos que, aunque “sólo se puede votar una vez por ordenador”, puedes usar un truco con el amigo de turno aburrido o empleado a tu cargo, encargándole que repita la votación tantas veces que uno quiera; pero eso carece de importancia, lo importante es que el resultado al final sea el que tú deseas, que para eso has encargado la encuesta. En fin, todo un lío. Perdonen que a lo peor les haya hecho pensar, no ha sido esa mi intención, sino la de dejar plasmado en estos folios una duda que me asalta desde hace tiempo: ¿No me estarán

manipulando a través de los resultados de las encuestas que, encima, pagamos todos los ciudadanos de una forma directa o indirecta?. Quiero pensar que no. Sería injusto, aunque lo de la justicia ya sabemos que es muy aleatorio, depende de la orilla en la que uno esté asentado, políticamente hablando, claro.

La cuesta de enero

“**L**a cuesta de enero”. Así titulo hoy mi comentario u opinión. Me resulta original dicha frase, se le debió ocurrir a algún comerciante avisado que se pasó todo el mes a la puerta de su humilde negocio, esperando que la gente entrara a gastar lo poco o nada que le había quedado después de las navidades vividas; porque hay que reconocer que la cuesta de enero no es psicológica únicamente, es también real, si no, consulten con sus bolsillos: no hay nada, sólo el gélido frío que nos invade en estas fechas y encima con la obligación de tener que regresar a nuestras dietas de rigor (unas, aplicadas por estética y otras, por necesidad). En estas fechas, la hipertensión, el colesterol, el azúcar y otras tantas cosas más, no nos olvidan por mucha crisis económica que tengamos, nos acompañan, como ni siquiera lo hace un familiar cercano cuando nos hace falta. Pero hay que alegrarse, hemos sobrevivido, una vez más, al consumo con alguna que otra cicatriz en nuestras cuentas corrientes, libretas de ahorro o tarjetas de crédito. Todo ha sido válido, nos ha servido para unir a la familia, para comunicarnos más en estas fechas entrañables, para perdonar, sin olvidar, todas

las guarradas que nos han hecho los que nos rodean afectivamente. Por lo menos, voluntad no nos ha faltado para prometerlo, aunque lo de cumplirlo a rajatabla sea harina de otro costal. En fin, todos hemos vuelto a la normalidad, hemos desechado ya todas las cajas de cartón de los regalos y juguetes que inundan nuestros salones, hemos guardado las vajillas, los cubiertos y la cristalería adecuada a grandes eventos, como lo es la cena de Nochebuena y la comida de Navidad, así como parte del turrón que compramos en una gran oferta y que nos servirá, si se trata del blando, para hacer helado en verano. Hemos sobrevivido, una vez más, a todo un reto: intentar no perder los papeles y frenar la necesidad de decir en esa noche de Paz todo lo que te acude a la mente: a tu cuñado, que es un capullo por no haberte querido ayudar a pagar las cuatro cuotas de amortización del préstamo que tenías pendiente de abonar; a tu hermana, la pequeña, lo hartito que estás de tener que soportar al gilipollas de su novio que huele a colonia de macho-men que tira de espaldas y que te impide disfrutar del aroma del pavo al horno que ha confeccionado tu querida suegra durante toda la tarde, sentada en una silla de ruedas como consecuencia de la hemiplejía sufrida; a tu suegro, que es un calzonazos

consentidor por permitir que su hija, la mayor, mangonee su libreta de ahorros, (como si el resto de los hijos no tuviera la misma capacidad para poderlo hacer, controlando, de paso, cómo va su economía) y a tu cónyuge, decirle de una vez por todas, que te aburre sexualmente, aunque no paréis de cultivaros con las revistas sexológicas tan en moda y tengáis que sufrir, cada mes, el martirio de someterse a la depilación de tu cuerpo serrano, obviando, por supuesto, el esfuerzo que hacéis para que vuestra cintura se parezca lo menos posible a un barril de cerveza. ¡Ah! Y se me olvidaba el piropo hacia la suegra, a la que empezaste de novio/a a llamar “mamá” y terminaste por llamarla “bruja”, sin escoba, pero bruja, por no haberte advertido que en esa familia no te casabas sólo con la niña o niño, sino con toda la parentela que representa su árbol genealógico, como si no tuvieras ya bastante árbol con el que estabas deseando dejar de tener que soportar. En fin, si lo analizáramos bien, lo de la “cuesta de enero” nos debería, a pesar de todo, resultar más atractiva de lo que nos resulta, porque nos distancia once meses de la próxima que nos espera, si todavía seguimos con vida.

Si el amor existe,...

Si el amor existe, yo lo he visto reflejado hoy en una mirada, en unos ojos tiernamente enjugados de lágrimas de alegría, de emoción, de ternura. Hoy, día 26 de mayo a las 18,30 horas, he asistido a una ceremonia nupcial que a “priori” no tenía nada de especial, salvo que se trataba de la hija y nieta de unos grandes amigos de mi infancia, de mi pasado y presente. Ahí es donde he descubierto lo que tanto tiempo he ido buscando para mí, lo que tantas veces he reprochado no poder encontrar, lo que casi creí perdido: el amor. La novia, a la que casi vi nacer, ha sido la que ha dado pie al milagro. Ella, sin pretenderlo, ha dado vigor y sentido a mi existencia al comprobar que, a pesar de todo, hay almas que todavía apuestan por y con amor, lo dan todo a cambio de nada, y entregan todo lo que de bueno llevan en sus genes, los que heredaron de sus progenitores. Puede que todo ello resulte milagroso en este turbulento tiempo que vivimos, pero sí, señores lectores, es cierto, la niña, la novia, así me lo ha mostrado, con esa dulzura que le caracteriza, con esa discreción de la que siempre fue portadora, con ese silencioso arrobamiento, inundada de amor, de ese amor sin reserva, sin

cláusula, sin rendición; repleto de pasión, de vehemencia; con el sentir, con el aroma, con la pureza y entrega de la flor blanca que significa la inocencia para el que suscribe. Sí, he de reconocerlo, hoy he visto, he conectado con el milagro que en esta desequilibrada sociedad, representa percibir en alguien el verdadero amor: el amor de una novia, hacia el que acaba de ser su esposo, su cónyuge, su marido, su compañero, y créanme es edificante percibir tal milagro porque yo, señoras y señores, que he y sigo impregnado de tan digno sentimiento, vuelvo a recabar aquel que yo en su día sentí, siento y sentiré a pesar de las pruebas por las que la vida me haga pasar. Bendiga Dios, si es que existe, a esa niña, hoy esposa, que ha dado pie al estímulo que en mi existencia se ha provocado haciéndome partícipe de la felicidad que sólo sienten, los que aman.

La Pasión

La tradición es un hecho irrefutable en la supervivencia de la Semana Santa. Inicialmente nos aparece año tras año con connotaciones vacacionales que nos hacen gozar de ese descanso tan merecido; pero pese a ello, hay personas que la sienten de forma distinta: con recogimiento, con espiritualidad. No es de reprochar que así sea. Cada uno y cada cual es libre de sentir, opinar y actuar de la mejor forma que tenga por conveniente. Evidentemente a estas alturas, y tenemos que ser sinceros, la mayoría, no nos obligamos a cumplir los preceptos, y menos si de los que nuestra religión nos dicta, se trata. Tememos más al vencimiento administrativo sancionador, que a las posibles consecuencias morales que nuestro mal comportamiento pueda acarrear al prójimo. Es decir, ya no se tiene el temor a Dios, porque nos hemos dado cuenta que el temor no hay que tenérselo a Él, sino a los que, en su nombre, empobrecen, diezman y aniquilan al individuo. Estamos en tiempo de crisis, pero no de la tan cacareada economía solamente, sino de la otra, de la del alma. Nos hallamos perdidos, y lo peor es que ni siquiera la fe, en la mayoría de los casos, nos presta su

mano para encontrarnos; pero, pese a todo, otro año más, nuestras procesiones salen a la calle para jolgorio de muchos y para recogimiento de pocos.

Hay muchos frentes abiertos para que todo esto de la Semana Santa no resulte lo que algunos desearíamos que fuera, pero en tiempo de crisis es cuando más puedes llegar a percartarte del grado de madurez de tus creencias en el ser humano, en la familia, en la sociedad, en la religión... y quizás con esta última, este año, muchos fieles se sientan más identificados cuando los pasos nos renueven el sentimiento espiritual que, tan amordazado por las circunstancias, todavía sobrevive en nosotros, y como cuando de niños, nos sobrecojamos con el sonido de los tambores uniéndose con el del silencio del duelo, con el respeto, con el negro y el rojo que representa la Pasión. Es cierto que la mayoría ya sabemos leer, que no es necesario que nos reflejen con imágenes la Pasión de Cristo, pero pienso que, a su pesar, sigue siendo estimulante comprobar que salimos a la calle, que dejamos nuestra televisión, nuestro Internet y nuestro sillón, para colaborar de forma activa y pasiva en los actos de fe que conllevan estas fechas.

No sé si a todos nos llegará de la misma forma

el mensaje que nos recuerda, pero al que comulgue con la religión Católica, Apostólica y Romana o única y exclusivamente con la primera, le puede resultar enriquecedor sentirse solidarizado con el sacrificio y sufrimiento que según los Textos, alguien, por salvarnos, “*padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, para ser crucificado, muerto y sepultado...*” y -dudosamente- resucitado al tercer día, aunque poco importe si así no fue, porque su “mensaje” nos sigue dando vida y eso evidencia el hecho de que resucita en cada segundo de nuestra existencia, para poder sobrellevar el paso de nuestra carga humana. La viuda de mi entrañable amigo, Ramón Seva Montiel, poeta nacido en estas tierras, ha tenido a bien concederme el placer de que en estas páginas me acompañe un poema inédito del mismo. Ésta, también, y salvando las distancias, es una forma de prolongarse en el tiempo por encima de la muerte, que al final, a todos nos acoge como una amantísima madre para paliar la desmedida Pasión de nuestra existencia.

EL SUPREMO VACIO

*Yo, no tengo nada, nada que ofrecerte:
ni risa, ni llanto, ni temor al verte.*

*Todo cuanto tuve, sin saber, perdí
-bajo oscura noche me veo y me vi-*

*El Gólgota sabes que ya compartimos
y en angosta cuesta sin mirar, nos vimos.*

*Subimos sendero, por un tiempo largo,
cruces diferentes con sabor amargo.*

*¡Qué efusión, la nuestra, de amor y desgarró!
No te asombres Cristo, soy tan sólo barro,*

*barro que amasijo con mi propia mano,
mano ya sin vida, sin calor humano.*

*No me queda nada, nada que ofrecerte,
ni siquiera, . . . el trance de mi propia muerte.*

Ruego al amor

Si has de volver a dejarme, no me dejes, ni siquiera crezcas en mí; un instante de dolor por tu nueva ausencia diezmaría, una vez más, mi coherencia. No vuelvas a fijar tu mirada sobre la mía, no palpites de nuevo en mi corazón dolido. Deja que, en las horas, los minutos, los segundos de vida que poca o mucha me quede, hiberne los sentimientos que tu existencia provoca en mí, cuando hincas tu flecha para arrastrarme a la lujuria de esa forma denodada, inconsciente que, paranoicamente, sólo vive a través de ti, y sin ti, tan sólo muere. Sé magnánimo conmigo, no me flageles; no me des placer para luego hundirme en el pozo de cicuta de tu olvido. Despréciami si quieres, ignórame mejor, tú puedes; porque ya no existe esfuerzo que mi corazón soporte y, una vez más, tu abandono haría estallar el cosmos de mi hoy aletargada mente. No perfumes mis aromas, no des color a mi vida, déjame con esta sed perenne, no importa si por ello muero, mil veces mejor, que morir sin saber cómo ni adónde hallarte, cuando te vayas y prosiga deambulando sobre las luces de cualquier esquina y de cualquier ciudad, con el frustrado deseo de poder volver a reencontrarte, a retenerte para gozarte. ¿No ves

que mi cuerpo se quiebra cuando mis pulsos te intuyen, que mis sentidos crujen como la madera, ajada por el paso del tiempo, cuando pisoteas mis sentimientos?... ¿No te vale mi advertencia, no te valen de nada mis ruegos? ¿Tampoco todo lo que juntos vivimos cuando tú eras mío, cuando yo me transmutaba en ti sin prejuicio alguno? ¡Déjame con la ignorancia de la creencia del que todo lo puede, del que todo lo vence, del que de todo carece! No humilles mis instantes, mis silencios, mis anhelos; déjame libre de ti, de tu existencia; estoy débil, el alma se resiente, agotada sobrevive en el mar de la consciencia, en el de la decrepitud, que me vigila como ave de rapiña. Soñar es bueno y en mi sueños, tú habitas como cuando yo era joven, inexperto, lleno de futuro, de quimeras, de metas por alcanzar; no ahora, que asumo con nitidez la neblina en mis amaneceres y la infertilidad de los atardeceres, que huyen en busca del somnoliento sueño que adormece los sentidos. Exímeme de ti, de tus heridas, de tus vaivenes, de tu desarraigo, de tu engañosa entrega, añorarte es ya una forma de amarte, y el pasado me nutre, cual la leche materna a la tierna e indefensa criatura que nace ignorante de su vida. Porque yo no ignoro, siento y sufro lo que tú deseas y provocas que sienta y sufra,

cuando tu presa me haces. No te pido más, déjame agonizar en el rincón de mi estancia deshabitada, repliega tus armas y muéstrate tan sólo, como algo que fue y que jamás se recupera (el recuerdo, al final, es el mejor bálsamo con el que untar las heridas que provocas cuando, ignorándome, partes hacia caminos y lugares que ya no me pertenecen). Estoy cansado, muy cansado, aunque a mi pesar, tanto te extraño y por siempre jamás, te maldiga por lo inalcanzable de mi deseo y de mi necesidad de ti. No te pido más. No te pido... más.

Epígrafes.

1. Proemio 1-12

2. Sentimientos 15-17

Amor, decepción, pasado-evocación,
desesperanza, desamparo.

3. La huella 19-21

El desamor y la víctima. El recuerdo
doloroso.

4. Dios habla al hombre 23-25

La Palabra Revelada, el falso consuelo, la
Verdad y la Mentira

5. Desde el ventanal 27-29

La paz de espíritu y la utopía de “Lo Feliz”.

6. El espacio deshabitado 31-33

El *vacuum* y el espacio inmenso de la
Soledad

7. El portarretrato 35-38

Los testimonios desvaídos de un pasado
que no ha de volver; la visualidad de lo perdido; otra vez
espacios vacíos- *Horror vacui*.

8. El tesoro de la palabra escrita 39-41

El milagro de lo escrito; los significantes
están vivos.

9. La Iglesia Católica, Apostólica y Romana 43-45

El Gran Engaño, los símbolos y la Gran
Decepción; la hipocresía de Lo Terrenal.

10. **La carta** 47-49

Un acercamiento al hecho epistolar que nunca llegó a destino; pero permanece en el valor de lo transmitido, que es el de lo escrito desde la sinceridad del Tú indirecto; el deseo de transmitir.

11. **La viudedad** 51-53

La desesperanza, el vacío, la Soledad –inmensa Soledad- La del misterio de qué es la Muerte.

12. **Por si te fueras** 55-57

El Yo que sufre: *patior*. La “razón poética”: la poesía, el Amor en silencio, escondido.

13. **Sí, me heriste.** 59-62

La caza, el campo abierto, el desamor, una herida permanente.

14. **Xavier Soler –pintor-** 63-66

Ars gratia artis La admiración y la gran Decepción. y las amistades aparentes.

15. **¿En qué mes será?** 67-69

Mors certa, hora incerta. La predeterminación del destino y la hora final; el Gran Misterio.

16. **Al hijo que nunca tuve** 71-73

La paternidad ausente; otro vacío. La confesión: el Yo y la Muerte; ante la última puerta. La Soledad otra vez.

17. **El “sí” de la margarita** 75-77

La metáfora de la Vida; la veleidad del destino, la injusticia y la predeterminación.

18. **Santa Rita, Rita....** 79-81

La puerta de la Muerte: *Mors omnia aequat*. El dolor del alma, la pérdida irrecuperable, los dones arrebatados.

19. **La hiedra de mi jardín.** 83-75

El vaticinio y la bondad; un espacio para el regalo de la Vida. Pero otra vez el pasado, lo perdido, las ausencias definitivas, los retazos...

20. **Mi complejo de Diógenes** 87-89

Otra pequeña confesión. La anagnórisis del autor: El Yo que se defiende, el que lucha por aceptarse.

21. **No hay cosa más triste que estar triste** 91-93

La tristeza, honda emoción del alma, dulce dolor del corazón; la Muerte, el personaje final.

22. **Poema de mar a un suicida** 95-96

Siempre delante, la Puerta Final. La valentía del perdedor; el Yo canta al amigo que se fue.

23. **Tengo Rabia** 97-98

La rebelión del Yo. La “insoportable levedad del Ser”.

24. **La famosa suerte** 99-102

El factor aleatorio y el *Fatum*. El Yo se aferra al infortunio con el consuelo de lo que Es.

25. **Ser optimista** 103-105

The rabbit trap. La trampa para conejos;

el juego de la política.

26. La importancia de lo transcrito 107-109

La incultura de los medios. Los eufemismos del lenguaje; la seducción de las palabras y el disfraz de la Verdad.

27. La niña de la persiana 111-113

Un cuento maravilloso. La mano destructora de la belleza, el tiempo implacable de las edades.

28. El atardecer de tu recuerdo 115-117

El amor no correspondido; el dolor de los silencios. La revelación muda de lo incontrolable.

29. Dog's Shit. 119-121

Una digresión sobre la oposición entre responsabilidad social y los afectos.

30. Ser el amante 123-125

La hipocresía social. El deseo y las convenciones. Una opinión sobre los amores prohibidos.

31. Por si volvieras 127-129

Poesía que canta en prosa el anhelo de lo imposible: "Por si Tú volvieras..."

32. Entre los dimes y diretes 131-133

Entender la democracia; la subjetividad del Yo y la objetividad de la trampa...

33. Las cosas pequeñas, las pequeñas cosas 135-136

El valor de lo pequeño y el insulto de la opulencia; la humildad frente a la soberbia.

34.- **La fe** 137-139

Yo imploro “-Domine: ut videam” Yo quiero ver...-
Déjame que yo también crea. – Ayúdame;... porque sigo
estando ciego.

35.- **Blanco de España** 141-143

Nuestras pequeñas, diminutas geografías se visten
de blanco. Que es la ausencia de todo, y la pureza. Y
también el negro engañoso que todo lo ocupa. No hay
más colores, las Españas virginales, las Españas de Luto.
Vecindades enemigas, aguas cristalinas, páramos yermos.

36. **Un pájaro** 145-146

Una jaula vacía; el recuerdo de lo que se ha
ido para siempre y no ha de volver, el homenaje póstumo al
amigo desamparado... aquel pajarillo que se fue.

37. **Y los sueños, sueños son** 147-150

La evocación del Yo niño y adolescente.
Los veranos del pasado, la infancia perdida, añoranza y
tristeza porque ya no ha de volver: aquellos maravillosos
años... Y el duelo (la tragedia) que permanece en la
injusticia de lo arbitrario.

38. **Etapa de reflexión** 151-153

Algunos pensamientos sobre el hecho
político; otra vez la Trampa: creer que todo puede ser
verdad.

39.- **La Santa Misa** 155-158

El Misterio sacrificial. Vamos, vemos,
oímos y estamos cerca, y lejos porque nada sabemos.

“Padre: Escúchame, perdona mis .pecados.” *Fiat
voluntas tua.*

40. El miedo en el cuerpo 159-163

La falacia de los medios y los miedos de
la ignorancia; otra vez la ignorancia; otra vez la morbosa
seducción de las palabras.

41. Diario mental de un niño 165-168

Extraordinaria incursión en el mundo
indescifrable de la infancia: el Yo se hace niño y escribe
como adulto un Diario; desde la perspectiva ingenua de un
niño los problemas de la vida son sólo “ajenidades” que no
pertenecen a su mundo.

42. ¡Ya vienen las municipales! 169-172

Sigue la Trampa para conejos;
digresión sobre el hecho político cercano. Incomprensión,
hipocresías, promesas vacías, mentiras.

43. A propósito de las encuestas. 173-176

El engaño de la demoscopia y las
estadísticas; la manipulación económica y social; la falacia
del juego político; el Poder y los Poderes.

44. La cuesta de Enero. 177-180

La Feria de las vanidades y la futilidad
de las celebraciones; los compromisos innecesarios; la
hipocresía en “la familia” y la libertad recobrada.

45. Si el amor existe. 181-182

“/.../ hoy lo he visto”, luego existe, efímero,

pleno, fugaz, verdadero, sincero, está y, como diría el poeta
“Yo no sé /.../” (Cifr César Vallejo)

46 **La pasión.** 183-186

Patiens, “El que sufre” ¿Valía la pena tanto sufrimiento? ...porque la humanidad sigue en su pecado y no ha sido redimida. Espléndido el poema citado al final del relato: *El supremo vacío*.

Y 47. **Ruego al amor.** 187-189

El último lamento, la última petición:
-Déjame, vete, /.../ no te pido más. *Et fnis... ite, ea dicta sunt*.

Este libro terminó de imprimirse
en Elx (Alicante)
mayo XXIII

